

Encadenamiento por repetición en la estructura coloquial

Emma Martinell Gifre

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tesisenxarxa.net) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

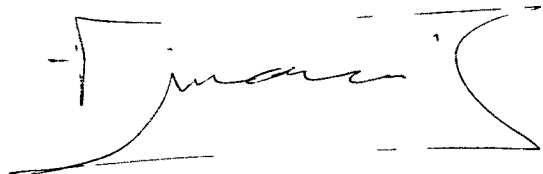
ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tesisenred.net) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tesisenxarxa.net) service has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized neither its spreading and availability from a site foreign to the TDX service. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service is not authorized (framing). This rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

Universidad de Barcelona
Facultad de Filosofía y Letras
Sección de Filología Románica Hispánica
Departamento de Lengua española
Año 1973

ENCADENAMIENTO POR REPETICIÓN EN LA ESTRUCTURA COLOQUIAL

Tesis doctoral presentada por Doña Emma Martinell Gifre
y dirigida por el Doctor Francisco Marsá Gómez.



CAPITULO 3

Los diálogos reales

En el capítulo en que hablo de la procedencia de los diálogos de la radio, de la televisión y de la prensa, dije que para ejemplificar el fenómeno de la repetición en los encadenamientos de diálogo había acudido a todos los diálogos que se producían a mi alrededor. Se puede distinguir entre diálogos-participación y diálogos-testimonio.

Son diálogos-participación aquellos en los que intervengo yo. Recibo una información lingüística y emito otra que será recibida por un receptor. Los diálogos-testimonio son los diálogos que llegan a mí. Yo recibo información de unos diálogos, pero soy ajena a ellos. Normalmente, he dado el nombre de diálogos-testimonio a los que yo he recibido a través de los llamados medios de información social: radio, televisión y prensa. También todos los diálogos literarios quedan incluidos en este grupo. Son diálogos entre dos personas. Yo soy receptor tanto de las premisas de un emisor como de las del otro. Soy el destinatario final de estos diálogos. Los diálogos-testimonio están hechos para que yo los reciba; para mí constituyen una información. Yo no soy agente de estos diálogos, sólo receptor último. No puedo alterar el diálogo, ni pararlo. Sólo puedo poner fin a mi recepción individual, pero el diálogo seguirá para una multitud de receptores más. Se trata de unos diálogos concebidos como un sistema informativo, que llegan, a través de un medio determinado, a un número indeterminado de receptores.

Los diálogos-participación son los diálogos en que yo he intervenido como emisor, o como receptor, o como oyente. He estado presente en todas las ocasiones en que estos diálogos se han producido. Son diálogos que reúnen a dos o tres interlocutores que establecen entre ellos una situación coloquial. No hay más motivo que éste para establecer el diálogo. No se trata de un diálogo que tenga una finalidad posterior, como en los casos de antes. En un diálogo-participación hay un emisor y un receptor, dos funciones para dos interlocutores. Cada uno de ellos es emisor de su mensaje lingüístico y receptor del mensaje lingüístico que emite el interlocutor. No hay un receptor posterior. El coloquio se produce espontáneamente, no es buscado. Son diálogos fortuitos.

Mi intención era tomar diálogos-participación directos e indirectos. En el primer caso se requiere la presencia de los interlocutores. Además de haber un mensaje lingüístico hay una información de tipo lingüístico. Las dos personas oyen las palabras del interlocutor, pero además ven su expresión, sus gestos, sus movimientos, oyen el tono y el timbre de la voz, y a través de todo esto llegan a conocer lo que se les dice mejor que a través de las palabras.

Los diálogos-participación son indirectos cuando el contacto entre los interlocutores se reduce al contacto lingüístico. Creo que se puede decir que una correspondencia, un contacto epistolar, sería un diálogo-participación indirecto, si yo fuera uno de los corresponsales. La característica de este tipo de diálogo es que no se produce una sucesión de premisas de los dos interlocutores, sino que hay una emisión total a la que

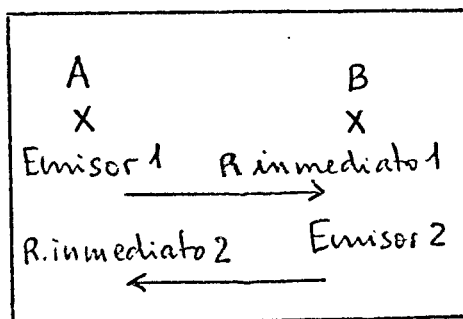
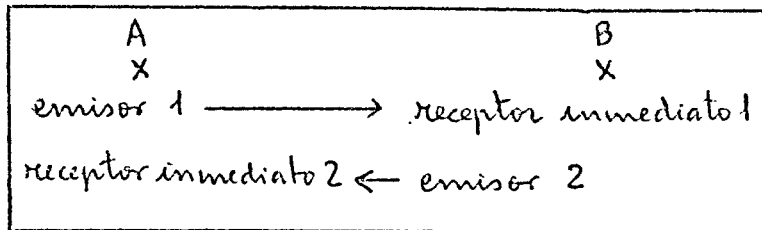
responde otra emisión total. Las emisiones lingüísticas no se producen oralmente, sino por escrito.

Los diálogos indirectos de participación en que más he pensado en el momento de recoger tipos distintos de diálogo han sido los diálogos telefónicos. En este capítulo hablaré de ellos y de la dificultad que comporta el querer registrar diálogos telefónicos reales.

Los diálogos-testimonio son diálogos que se producen sin que yo intervenga en ellos ni como emisor, ni como interlocutor, ni como oyente. Yo soy el destinatario final de estos diálogos, pero no el destinatario inmediato, que es cada uno de los interlocutores. Son diálogos-testimonio todos los que se transmiten por radio, se graban en la televisión o se imprimen en la prensa. Yo he recogido estos diálogos y de ellos he extraído casos para ejemplificar mi tesis. Están plagados de casos de cambios en la repetición en los encadenamientos de diálogo.

Los diálogos-participación son los diálogos que no se producen con vistas a un receptor último, sino que su finalidad informativa termina en la recepción de cada uno de los interlocutores o de los oyentes que puedan estar presentes en el momento en que el diálogo se produce. Ya hice en otro capítulo un esquema de los dos tipos de información, pero creo que ahora puede ponerse éste:

Fig. 54



→

c

X

Receptor último
de la
información lingüística
de
estructura coloquial

Creo que el proceso comunicativo se produce cuando se tiene a dos interlocutores que alternativamente se convierten en emisores y receptores de unos mensajes lingüísticos. La comunicación lingüística es una forma de relación para la que el hombre está capacitado.

El proceso informativo consiste en transmitir, a través de un medio, un dato nuevo, es decir, la información, hasta un receptor.

En el proceso comunicativo la persona que interviene es alternativamente paciente y agente de la comunicación.

En el proceso informativo siempre hay una dirección. Hay un órgano transmisor y un destinatario de la información que no puede hacer otra cosa que recibirla, pero no puede emitir a su vez y conseguir que el órgano transmisor se convierta en receptor.

Los diálogos-participación constituyen un acto de comunicación. Los diálogos-testimonio son una forma posible de información. Entre el periodista, el locutor o el presentador y la persona entrevistada se produce un diálogo-participación. Luego este diálogo se emite, se destina a unos receptores. Mi posición al recoger, grabar y estudiar estos diálogos es la de receptor de información. No se producen con una finalidad comunicativa -de contacto entre los interlocutores- sino con una finalidad informativa con vistas a los que los oirán, los verán o los leerán. Los diálogos-testimonio son informativos, son hechos de información, no hechos de comunicación.

Hay diálogos-participación directos e indirectos. Se produce un diálogo directo cuando hay presencia de los dos interlocutores. El diálogo indirecto consiste en un contacto lingüístico no coincidente con un contacto personal.

El diálogo-participación directo es el diálogo real, el que se produce a mi alrededor a aquellos en los que yo intervengo. Los diálogos-participación indirectos son las conversaciones telefónicas que yo puede mantener con alguien y los diálogos epistolares.

En la ejemplificación de los casos de cambios en las repeticiones en los encadenamientos de diálogo he utilizado diálogos-participación, pero sólo directos.

Los diálogos-participación directos son los diálogos que oigo a mi alrededor, los diálogos que yo entablo a cada momento en todas las actividades: en el trabajo, en el deporte, en la diversión. El diálogo tiene una función fundamental de relación entre las personas.

Recoger diálogos-participación no es fácil. Yo trabajo con unos diálogos-participación directos especiales. Los he recogido directamente también; es decir, no los he grabado en una cinta, sino que los he ido copiando a medida que los oía, o que hablaba yo misma, conformándolos.

En este capítulo he de hablar solamente de estos diálogos-participación directos, decir dónde los he oído, qué características tienen y cuáles son sus diferencias respecto a los diálogos que he ido analizando hasta ahora: diálogos de obras literarias, diálogos de radio, de televisión y de prensa.

He recogido los diálogos-participación directos de una tienda. La procedencia es común a todos ellos. El espacio de tiempo en que los he recogido va desde marzo hasta mayo de 1972.

El hecho de recogerlos todos del mismo lugar tiene ventajas e inconvenientes. Creo que es una ventaja la variedad de interlocutores que han intervenido: aparte de las personas estables, fijas, en esta tienda, conforman estos diálogos las premisas de la gente que va entrando, o sea, de gente diferente; otra ventaja es la facilidad de recoger el diálogo y nada más que el diálogo. No ha habido problema de ruidos que dificultaran la comprensión de las premisas. Tampoco ha habido superposiciones de voces que se pudieran confundir con las premisas constitutivas de los diálogos.

Una desventaja posible de estos diálogos recogidos en una tienda puede ser la poca espontaneidad con que se han producido. Si yo hubiera recogido diálogos sin participar en ellos, en ambientes diferentes, los diálogos no se hubieran producido por causa de mi interés en ello, sino porque había situaciones coloquiales que yo presenciaba. Algunos de los interlocutores que intervienen en estos diálogos sabían el interés que yo tenía en ellos. Yo misma he intervenido en muchos de ellos, con ganas de establecer situaciones coloquiales. Posiblemente el diálogo fuera más espontáneo si procediera de situaciones y ambientes distintos. Aquí los diálogos son más uniformes.

Sin embargo, una vez sopesadas las ventajas de un sistema u otro de obtener diálogos-participación directos, me decidí por emplear los que tenía más a mano, los diálogos recogidos en una tienda.

El tiempo que he tardado en recogerlos, tres meses aproximadamente, demuestra una cierta libertad. Yo no he presionado a los interlocutores para que se produjeran los diálogos, sino que los he ido recogiendo a medida que se han ido produciendo.

Es importante tener en cuenta que como que los he recogido a mano, y no en cinta magnetofónica para no estropear más su espontaneidad, estos diálogos no son en absoluto completos. Son trozos de diálogos. Se trata de unos diálogos formados por dos o tres premisas, cuatro a lo máximo.

Creo que es interesante ver que en una obra teatral, por ejemplo, el diálogo, la situación coloquial, empieza cuando empieza la obra y termina con ella. El diálogo, en el teatro, es el conformador de la obra. No hay diálogos en la obra dramática,

sino una sola situación coloquial, a la que se ha de acomodar la acción de la obra. Todo se ha de manifestar coloquialmente, tanto las situaciones por sí mismas coloquiales, como los momentos que en la realidad no tendrían una manifestación dialogada.

El diálogo del resto de obras literarias se limita a reproducir lo que en la realidad imaginada sería coloquio. La descripción de los personajes no está coloquiada, ni la narración de sus acciones. El diálogo de las obras se suele reservar para verter en él los coloquios que se supone mantienen los personajes. El autor tiene tres elementos, tres estructuras literarias entre las que reparte lo que él crea como obra: la descripción, la narración y el coloquio. El coloquio es la parte de donde yo he extraído los diálogos literarios. Cada autor puede emplear más un elemento que otro en sus obras. En cada obra puede haber preponderancia de un elemento sobre los otros dos.

La radio y la televisión, con su manifestación lingüística oral, pueden emplear el sistema informativo monologado o el sistema dialogado. Los programas suelen mezclar el elemento musical, también informativo, con los verbales. La manifestación verbal es monologada o dialogada. Los programas se conciben de una manera o de otra. Hay programas monologados -el locutor, el presentador- y programas dialogados -los concursos, las entrevistas y las conversaciones-. He extraído los casos de cambios en las repeticiones en los encadenamientos de diálogo de estos programas dialogados de radio y de televisión.

En cuanto a los diálogos que aparecen en la prensa, constituyen entrevistas. Son diálogos unitarios. Se termina el diálogo

cuando el entrevistador ya ha aludido a los temas que cree que pueden interesar a los lectores. Todos estos diálogos -literarios, de radio, de televisión y de prensa- tienen una duración no espontánea, sino determinada por alguien.

Con esto quiero decir que no son menos interesantes los diálogos-participación directos que yo he recogido en una tienda, por estar sólo constituidos por dos o tres premisas, porque tampoco la duración de todos estos otros diálogos es natural, sino determinada por algo ajeno a ellos mismos.

La duración real de un diálogo viene determinada por la duración de la situación de relación que ha provocado la manifestación lingüística. Quiero decir, que mis diálogos de una tienda no son cortos ni largos, sino que son diálogos que se producen con motivo de algo, y que terminan cuando termina la causa real que los ha provocado. Los diálogos que yo puedo escuchar a mi alrededor en un día normal, los diálogos en los que yo intervengo, no tienen una duración determinada. La gente puede entablar una conversación y entonces el diálogo cumple una función en sí mismo, pero hay multitud de situaciones, ya sea de trabajo o de relación familiar, que conducen a entablar un diálogo lingüístico. El hombre se relaciona por otros muchos medios, pero la comunicación lingüística es un sistema muy completo y muy expresivo.

Los diálogos que he recogido en una tienda son diálogos ocasionales, que se han producido en situaciones concretas y que empiezan y terminan cuando empiezan y terminan las ocasiones que los han motivado.

En más o menos tres meses he recogido doscientos noventa y cuatro diálogos en una tienda. Se puede observar que este núme-

ro es mucho más alto que el de los diálogos de radio (77) y de televisión que he estudiado (63). Esta cifra de doscientos noventa y cuatro diálogos reales se asemeja a la de las entrevistas de prensa que he consultado (213).

Cuando introduzco las premisas de los interlocutores indico dos letras o tres, según el número de personas que intervengan. Si se trata de una entrevista que reúne a un profesional y a un entrevistado, doy el nombre de A al periodista, o al locutor o presentador, y designo con la letra B a la persona entrevistada. Cuando el coloquio no es una entrevista, sino un diálogo, designo a los que intervienen con las letras B y C. Esto facilita la comprensión por parte de los lectores. A y B son dos interlocutores que entablan el diálogo con una finalidad distinta: ellos son los que dan pie a una información. En cambio, B y C son interlocutores equilibrados, y entre ellos se establece un acto comunicativo en el que los dos intervienen como emisores y como receptores.

Estas letras: A, B y C, las empleo a lo largo de todo este trabajo. En los diálogos de las obras literarias suelen aparecer la B y la C. En los diálogos de los medios informativos: radio, televisión y prensa, empleo la A y la B.

En estos diálogos-participación directos recogidos en una tienda, los interlocutores que intervienen son B, C, y ocasionalmente D.

En las páginas siguientes trataré de establecer las características de estos diálogos frente a los que he ido viendo hasta ahora. De hecho, estos diálogos se pueden calificar de reales, en el sentido de que no han sido creados, como los de las obras

literarias, ni producidos con una finalidad determinada, como los de los medios informativos. Los diálogos que he recogido en una tienda se producen porque hay unas situaciones que requieren un mensaje lingüístico. Las acciones de entrar a comprar algo que se necesita, elegir entre una serie de productos o pedir su precio, son movimientos que requieren una manifestación lingüística.

El primer aspecto de estos diálogos que voy a estudiar es la estrecha relación que hay entre el mensaje lingüístico, o algún elemento determinado de los que lo componen, y un objeto real que participa en la relación entre los interlocutores.

Anoto una serie de diálogos de este tipo. En todos ellos aparecen elementos pronominales de función locativa o situacional. Los pronombres demostrativos establecen una relación entre el objeto designado por ellos y el sujeto que habla. Los adverbios locativos están en relación con los demostrativos e indican la proximidad o la lejanía de lo que se habla con respecto a la persona que habla.

Son muy numerosos los diálogos de una tienda en que aparecen estos elementos. (Diálogos de una tienda núms. 18, 20, 25, 45, 53, 74, 83, 84, 85, 90, 116, 120, 126, 133, 146, 153, 155, 164, 174, 186, 198, 205, 206, 208, 220, 245, 251, 254, 277, 278 y 279.) Voy a anotar bastantes casos, para que quede claro lo que ocurre en ellos:

- B.- Esto es verde manzana, casi.
C.- Bueno, pues verde manzana.

(Diálogo de una tienda, 53.)

B.- A ver qué tienen para lápices. Éstos cuadraditos, ¿sirven?

C.- Sí, los hemos hecho ahora. Para lápices tenemos éstos y éstos.

(Diálogo de una tienda, 84.)

B.- Esto, ¿sin pintar ni nada?

C.- ¿Sin pintar y sin barnizar? ¿Como aquéllos?

B.- Sí, como aquéllos; en blanco, sin pintar.

(Diálogo de una tienda, 120.)

B.- Eso lo deajo aquí para que no me lo olvide.

C.- No, no es fácil.

B.- Porque si me lo olvido...

(Diálogo de una tienda, 153.)

B.- Eso que hay aquí.

C.- Eso es la salida... Que eso vaya aquí no te lo discuto.

B.- ¡Ah! ¡Va aquí!

(Diálogo de una tienda, 155.)

B.- ¿Qué vale esto?

C.- Esto vale cincuenta y esto cuarenta y cinco.

(Diálogo de una tienda, 208.)

B.- Y éstas, ¿qué valen?

C.- Ésta, diez pesetas; y ésta, nueve.

(Diálogo de una tienda, 251.)

B.- ¿Y éstos?

C.- ¡Ah! Estos sí te gustan.

B.- Estos sí que tengo.

C.- Estos van bien. Ponga tres.

(Diálogo de una tienda, 278.)

La situación es la siguiente: los dos interlocutores se comunican a través de unos mensajes lingüísticos. En ellos aluden a unos objetos reales y visibles, que son los que establecen una

relación entre las dos personas que se convierten en interlocutores. Lo que une a las dos o tres personas son precisamente esta serie de objetos que tienen delante. En sus mensajes los citan constantemente, pero como su presencia física es constatada por ambos, no se los cita directamente, sino a través de unas formas pronominales. Esto hace que estos diálogos que he anotado sean incomprensibles para alguien que no sepa qué hay detrás de cada una de estas palabras "esto", "éste", "ésta", "aquéllos". Posiblemente, cuando el emisor incluye este elemento en su mensaje, acompaña la información con un gesto, señalando el objeto al que se refiere.

Esto es imposible de captar o imaginar por alguien que no ha estado presente en el momento en que se han emitido estos diálogos. El diálogo real se produce espontáneamente, fruto de una circunstancia y con unos interlocutores fortuitos. Un diálogo de este tipo es irreproducible, y, en el caso de que se ^{re}produzca, como yo he hecho, no resulta informativo más que para la persona que los ha recogido. Los demás lectores pueden comprender una parte del mensaje, pero no conocerán la identidad de estos objetos que se citan de paso, por ser evidentes para los dos interlocutores.

Estos objetos no se citan, pero aunque se citaran, como en los ejemplos siguientes, las frases no serían más informativas para los lectores que no conozcan el marco en que se han producido y desarrollado estos diálogos. Se trata de que el contexto ambiental que ha rodeado el diálogo no es reproducido en el diálogo mismo, y, al copiar yo el diálogo, se pierde el contexto. En los diálogos siguientes se citan una serie de términos que

representan objetos habituales del ambiente en que se han producido:

- B.- Claro, como que yo lo cobro por metros.
 C.- Eso es lo que yo le dije a la clienta.
 B.- Yo le dije que el metro de barra es a setenta y cinco.

(Diálogo de una tienda, 37.)

- B.- Pero me está haciendo las anillas...
 C.- Las anillas y las barras en blanco.

(Diálogo de una tienda, 125.)

- B.- ¿Qué os parece a cincuenta?
 C.- Estáis locas.
 B.- Son a treinta de coste.
 C.- ¡Ah! Yo pensaba, cómo se los habrán bajado tanto para que los venda a treinta.

(Diálogo de una tienda, 165.)

- B.- Pero la mano de mortero ni la vi.
 C.- Y vino su marido y compró un ajedrez.
 B.- Yo le dije: "no, la mano de mortero no se la puedo vender".

(Diálogo de una tienda, 182.)

Ya antes, hablando de los diálogos obtenidos en la radio, he hablado de un contexto ambiental -que comprende los objetos fijos, el entorno- y de un contexto personal -que es el grado de conocimiento que hay entre las personas, su condición, su cultura, su carácter-. También en algunos de estos diálogos entre interlocutores que, en la realidad, son personas muy familiares las unas a las otras, se produce el fenómeno de aludir a personas por su nombre. El lector desconoce la identidad de esta persona, pero para los interlocutores reales es suficiente citar el nombre para que se pueda hablar de ella.

En esto también se distinguen estos diálogos de los literarios, por ejemplo. Cuando un autor incluye un fragmento coloquial en su obra, hace que los personajes hablen de sus cosas, pero cuidando previamente de que los lectores conozcan sus cosas. Nunca se produce en una novela que los personajes empiecen a hablar de algo o de alguien que el lector no conoce. El autor dispone de un elemento descriptivo y de un elemento narrativo que le permite poner él mismo al corriente al lector de lo que los personajes podrán hablar en sus diálogos.

En los diálogos que he recogido en una tienda hay alusiones a personas que los interlocutores conocen. Los emisores hablan independientemente de que yo pueda recoger sus palabras. Sus emisiones van destinadas al interlocutor y no se atiende a ningún destinatario posterior del diálogo. El diálogo real está limitado a las personas de los interlocutores y de los posibles oyentes que pueden incorporarse al diálogo en cualquier momento. En un diálogo-testimonio (literario, de radio, de televisión o de prensa) el diálogo está cerrado como tal, pero está abierto como acto informativo y hay un destinatario último.

Precisamente porque el diálogo ya se produce pensando en este último receptor, los datos se exponen explícitamente, se procura dar la mayor cantidad de contexto posible.

Cuando leo los diálogos que he recogido de una tienda me doy cuenta de que no son informativos, en su mayoría, para un lector que no haya intervenido en ellos. Aunque se comprenden todas y cada una de las palabras que constituyen los sucesivos mensajes, no se entiende qué se quiere decir con todo aquello. Y es porque el lector no conoce ni el contexto ambiental ni el contexto per-

sonal.

Anoto ahora unos casos en que los interlocutores hablan de otras personas, conocidas por ellos pero desconocidos de los demás:

B.- ¿Y Trini se quedará allí?

C.- Trini se quedará allí. Que se quede con mi hermano.

(Diálogo de una tienda, 13.)

B.- ¿Qué sabes de José Luis?

C.- De José Luis no sé nada. ¿Dices de José Luis o de José Antonio?

B.- Hombre, de José Antonio ya supongo que sabes. De tu hermano José Luis.

(Diálogo de una tienda, 57.)

B.- Si llego a ir sola, en vez de con él, le hablo al calvo.

C.- ¡Ah!

B.- Le hablo al de la excursión.

(Diálogo de una tienda, 172.)

B.- Nos dieron las tres.

C.- ¿A Montse también?

B.- ¡Uy! Montse, esa no se quiere marchar.

(Diálogo de una tienda, 263.)

B.- Y no viene la hija.

C.- ¿La que se ha casado?

B.- La de la telefónica; no vive allí, no.

Son diálogos que pierden su eficacia en el momento en que se quieren recoger y emitir posteriormente. Son diálogos momentáneos y situacionales, que no tienen repetición posible. (Diálogos de una tienda núms. 6, 9, 13, 47, 48, 57, 58, 87, 104, 138, 145, 172, 181, 188, 189, 207, 210, 223, 240, 257, 256, 258, 263, 270, 290 y 292.)

La verdadera característica de estos diálogos que he recogido de una tienda, clasificados en mi tesis como diálogos-participación directos, frente a los demás diálogos-testimonio, es su caducidad, su generación espontánea y momentánea. Esto se advierte en los diálogos que he copiado hasta ahora, incomprensibles para todas las personas ajenas a ellos. En unos hay referencias a personas; en otros, a objetos -directa o indirectamente-.

Una vez visto este aspecto, estos diálogos ya no se diferencian en su estructura de los demás diálogos que he considerado en el momento de buscar ejemplos de cambios en las repeticiones en los encadenamientos de diálogo.

Como que aquí los diálogos son muy cortos, formados por dos o tres premisas, lo importante es considerar la función de la primera respecto a la segunda.

Creo que en las situaciones en que estos diálogos se producen, las emisiones lingüísticas tienen una doble finalidad.

La primera es establecer una comunicación entre las personas. Roman Jakobson, en su obra Essais de linguistique (Paris, Les éditions de minuit, 1963, Col. Arguments 14, pág. 214 y sigs.), habla de las varias funciones del lenguaje. Establece que la función fática se produce cuando no hay un verdadero interés comunicativo ni informativo entre los interlocutores. El mensaje, la cadena de sonidos, se establece más por una convención social que por una necesidad. El lenguaje rompe el silencio. Las emisiones lingüísticas, en este caso el diálogo, permiten a los interlocutores tender un puente entre ellos, una comunidad.

En una tienda hay unas personas fijas y unas personas eventuales. Las fijas son las que trabajan allí y las eventuales las

que entran por un deseo concreto. Hay un tipo de comunicación diferente si el diálogo se produce entre una persona fija y una eventual, o si el diálogo se produce entre dos o más personas fijas.

El diálogo que mantienen las dos personas fijas asume esta función del lenguaje que llamamos fática. Las dos personas se conocen y hablan para no estar calladas. La mayor parte de las veces sus emisiones lingüísticas no contienen informaciones nuevas, sino que son informaciones ya conocidas pero que se repiten.

Se da como etapas del acto sémico la emisión por parte de un emisor y la recepción por parte de un receptor. El acto sémico tiene éxito cuando el receptor recibe los elementos sonoros, los interpreta y los traduce a sus contenidos. A su vez emite un nuevo mensaje que es recibido por el emisor de antes, ahora convertido en receptor. Dos actos sémicos diferentes para un diálogo compuesto de dos premisas. Pero se supone que ni los emisores renuncian a hablar ni los receptores a escuchar.

La experiencia demuestra que los diálogos reales no se producen así: hay emisores que hablan y receptores que no escuchan. Las premisas que emiten los receptores cuando se convierten en emisores no siempre mantienen una relación significativa con las emisiones del emisor inicial.

En lingüística se estudia una forma general y tipificada de acto de comunicación. En la realidad, se producen fenómenos diferentes.

El lenguaje tiene una función de relleno, se emplea en estos casos porque los interlocutores no se dedican a ninguna activi-

dad. Los diálogos que mantienen los dos empleados de una tienda son distintos a los que mantiene un empleado con un cliente.

El cliente inicia el diálogo con una intención. Emite una premisa con el deseo de que esta premisa provoque otra, o, incluso, provoque una reacción no lingüística en el receptor. Hay lingüistas que definen el lenguaje humano no como una facultad que permite la comunicación entre las personas —que se puede realizar por otros medios— sino como la facultad que permite a una persona provocar en el receptor de los mensajes una reacción de tipo físico. (Alain Gardiner, Theory of Speech and Language, Oxford, Clarendon Press, 1969, pág. 91.)

Se pueden comparar estos diálogos:

- B.- ¡Ay, qué cabeza!
 C.- ¿Dónde tienes la cabeza?
 B.- Ah, no sé cómo tengo la cabeza. Estoy medio loca.

(Diálogo de una tienda, 8.)

- B.- Y de nuevas, ¿tampoco hacen?
 C.- No, no; tampoco hacen.

(Diálogo de una tienda, 46.)

- B.- No tenía nada de sueño.
 C.- Desvelada.
 B.- Nada, pero nada de nada.

(Diálogo de una tienda, 101.)

- B.- Depende del diámetro.
 C.- Hay éstos.
 B.- ¿Tiene un centímetro o sabe el diámetro?

(Diálogo de una tienda, 186.)

El primero y el tercero son diálogos entre empleados; el segundo

y el último son entre el vendedor y el cliente. La diferencia no está en que las premisas sean afirmativas en un caso e interrogativas en otro, sino en el contenido general de los diálogos.

Estos coloquios cumplen una función distinta: en un caso hay un deseo de información, un interés en algo; y el interés, que es físico, o material, provoca unas emisiones lingüísticas. El diálogo se ha hecho necesario porque la lengua es el vehículo de expresión de los intereses materiales.

En el segundo caso el coloquio cumple una función más social. No hay más interés no lingüístico que el establecer una atmósfera, un clima. Esto se produce a través de unas emisiones lingüísticas que no son informativas.

No he separado unos diálogos de otros porque la diferencia está en su contenido y no en su aspecto formal. Tanto los diálogos expresivos como los diálogos "fáticos" pueden estar formados por premisas enunciativas combinadas con otras también enunciativas, por premisas interrogativas combinadas con otras enunciativas o igualmente interrogativas.

El tipo de diálogo no influye en la forma del diálogo. Al menos no se puede hacer una división formal tajante entre los diálogos emitidos con un interés material concreto y los diálogos que se producen sin más interés que el del coloquio mismo. En un caso el diálogo es fin en sí mismo y en el otro el coloquio es un medio para obtener otras reacciones en el interlocutor aparte de las lingüísticas.

La finalidad de un diálogo que mantienen dos personas habituales de una tienda suele ser el mismo diálogo.

La finalidad de un diálogo que mantienen una persona habitual

y otra eventual suele trascender el diálogo para aspirar a unas reacciones no lingüísticas.

Esta diferencia no afecta a la constitución del diálogo y, por lo tanto, no me referiré más a esta diferenciación de los diálogos recogidos en una tienda.

Algunos de estos diálogos, a pesar de constar de dos o tres premisas, contienen una sola información, un solo mensaje. Este fenómeno puede producirse de varias maneras:

Se suceden dos premisas, una del emisor B y otra del emisor C. La premisa inicial constituye el mensaje. La premisa C, la segunda, se reduce a una repetición de una parte o de la totalidad de la premisa anterior. El diálogo consta, pues, de un solo mensaje informativo, aunque sean dos los emisores que han emitido una premisa. Hay ejemplos de este tipo (Diálogos de una tienda núms. 94, 139, 183, 224 y 267) de entre los que elijo los siguientes:

B.- Todavía tiene aquí unos buenos padres.
C.- Unos buenos padres.

(Diálogo de una tienda, 224.)

B.- Éstos no se merecen nada, esta gente así.
C.- No se merecen nada, nada.

(Diálogo de una tienda, 267.)

B.- Es bonito este coche.
C.- Es bonito, es bonito.

(Diálogo de una tienda, 216.)

La intervención del segundo interlocutor se limita a una repe-

tición de los elementos que ya estaban en la premisa del primer emisor. Sólo en los dos últimos casos hay una redundancia que sí es personal de C (nada, nada).

Ocurre también que se sucedan tres premisas, dos de un interlocutor, B, y una del interlocutor C. También hay un solo mensaje a través de las tres, pues las dos premisas que pertenecen al mismo emisor constituyen la repetición del mismo mensaje, y la intervención del emisor C consiste en una palabra, un elemento aislado, que invita al emisor a repetir su premisa. Hay numerosos diálogos con estas características. (Diálogos de una tienda núms. 35, 62, 86, 97, 148, 159, 172, 194, 242, 258 y 136.) Anoto algunos de ellos:

B.- Se está sacando el carnet de conducir, ¿sabes?

C.- ¿Qué?

B.- Que se está sacando el carnet de conducir.

(Diálogo de una tienda, 35.)

B.- No ha venido para las ciento y pico aquel señor.

C.- ¿De qué?

B.- Aquel señor que tenía un vale de ciento y pico.

(Diálogo de una tienda, 62.)

B.- Pues he adelgazado.

C.- Sí, ¿eh?

B.- Pues he adelgazado.

(Diálogo de una tienda, 159.)

B.- Después me miras si hace sol.

C.- ¿Qué?

B.- Que mires si hace sol.

C.- Si hace, ¿qué?

D.- Sol, como que aquí nunca se ve el sol...

(Diálogo de una tienda, 194.)

- B.- Si tuviera los dolores de cabeza que tiene mi hermana.
 C.- Sí.
 B.- No los dolores, los problemas, las preocupaciones quiero decir.

(Diálogo de una tienda, 242.)

Parecidos a estos casos son los siguientes, en los que se suceden tres premisas. La primera y la tercera constituyen la repetición de una misma información. La premisa central, perteneciente a otro interlocutor, es libre. No tiene una relación directa con la anterior y, naturalmente, tampoco con la siguiente. Los casos que hay son muy numerosos (Diálogos de una tienda núms. 15, 26, 52, 68, 73, 101, 123, 135, 151, 153, 173, 176, 195 y 256) y recojo algunos:

- B.- ...que es muy payés...
 C.- Mi tío, digo, mi cuñado, los conoce a todos, a éstos.
 B.- ...que es muy, muy payés.

(Diálogo de una tienda, 26.)

- B.- Y dirán que no la hemos llamado.
 C.- Vuélvela a llamar.
 B.- Y dirán que no la he llamado.

(Diálogo de una tienda, 68.)

- B.- Pero es que no los soporto.
 C.- Pero tú...
 B.- Pero es que no los soporto.

(Diálogo de una tienda, 151.)

En dos de estos ejemplos he acudido al recurso de los puntos suspensivos para indicar que se ha producido, en la manifestación oral de los mensajes, la interrupción de la premisa de un interlo-

cutor por la premisa del otro. Esto lleva a otro grupo de diálogos que están formados por dos premisas enunciativas, una de cada uno de los dos interlocutores, o por tres premisas. Una premisa continúa la anterior o la interrumpe y la concluye. Los ejemplos que he recogido son bastantes (Diálogos de una tienda núms. 3, 7, 22, 38, 41, 72, 74, 80, 102, 125, 169, 187, 227, 247, 262 y 276) y de ellos he seleccionado los siguientes:

- B.- ...y las niñas todas las tardes por ahí...
 C.- Por ahí no, porque les dan deberes y tienen que hacerlos.

(Diálogo de una tienda, 22.)

- B.- Si fuesen diez serían...
 C.- Seiscientas cincuenta.
 B.- Eso, serían seiscientas cincuenta.

(Diálogo de una tienda, 38.)

- B.- Es una lástima...
 C.- Es una lástima tener que ir a trabajar.

(Diálogo de una tienda, 72.)

- B.- Enciendo la luz de la mesilla y...
 C.- Te pones a leer.
 B.- Me pongo a leer, aunque sea...

(Diálogo de una tienda, 102.)

- B.- Nunca va a ser útil la esquematización de...
 C.- De los matices.
 B.- De los matices, exactamente.

(Diálogo de una tienda, 169.)

- B.- Si es joven, en seguida se le cura; y, en cambio...
 C.- Si es viejo, le cuesta mucho.
 D.- Si es una persona mayor, nunca se acaba de curar.

(Diálogo de una tienda, 227.)

La reacción del emisor, al ser interrumpido, podría ser la de enfado. Podemos fijarnos que en los diálogos núms. 38 y 169 la persona que ha visto su premisa cortada está de acuerdo con lo que el interlocutor ha añadido. Lo demuestran las partículas "eso" y "exactamente". En el último ejemplo que he anotado se ve que a la premisa inacabada de un interlocutor otros dos interlocutores le dan finales distintos, aunque significativamente iguales.

Todos estos casos son ejemplos de diálogos que constan de varias premisas en boca de varios interlocutores, pero de un solo mensaje, o de un mensaje y otro mensaje que aquél haya provocado.

Otra forma posible es la sucesión de dos premisas. La primera es la que constituye la información. Es enunciativa. La premisa siguiente es interrogativa y se refiere a lo que se ha dicho en la premisa anterior. Consiste en la repetición de una parte, presentada entre signos de interrogación. Hay casos de este tipo (Diálogos de una tienda núms. 24, 31, 85, 92, 112, 147, 163, 168, 197, 226, 244 y 260) y anoto algunos a continuación:

B.- Esta no la habíamos visto.

C.- ¿No la habíais visto?

(Diálogo de una tienda, 85.)

B.- Ha venido a pie.

C.- ¿A pie?

B.- Sí.

(Diálogo de una tienda, 31.)

B.- No hay.

C.- ¿No hay?

B.- Ni uno.

(Diálogo de una tienda, 163.)

- B.- Ven, que te cuento lo de los garbanzos.
 C.- ¿Qué garbanzos?

(Diálogo de una tienda, 260.)

Hay otros casos (Diálogos de una tienda núms. 8, 14, 76, 82, 106, 108, 115, 120, 140, 149, 152, 174, 188, 189, 193, 196, 201, 222, 254, 257, 263, 277, 279, 282 y 292) en que hay una información más extensa, pues a pesar de que hay dos premisas que repiten el mismo mensaje en boca del mismo interlocutor, hay una premisa intermedia relativamente independiente de las otras dos. Son ejemplos:

- B.- Aunque me suba el alquiler.
 C.- ¿Qué pagas ahora?
 B.- Aunque me lo suba.

(Diálogo de una tienda, 106)

- B.- Y es un niño y se ahogará.
 C.- ¿Dónde está el niño?

(Diálogo de una tienda, 149.)

- B.- Y no vive allí la hija.
 C.- ¿La que se ha casado?
 B.- La de la telefónica; no vive allí...

(Diálogo de una tienda, 292.)

Todos estos ejemplos citados hasta ahora son casos de varias premisas que tienen un solo mensaje, una información casi común a todas. Intervienen en cada uno de estos diálogos dos o tres interlocutores, y cada uno emite una frase. Pero la persona que escucha los diálogos obtiene un solo mensaje, que se ha repartido en las premisas de los que han intervenido, de las formas que he

ido analizando hasta ahora.

Cuando la primera premisa es interrogativa es porque el emisor que la emite desea que se le informe acerca de algo. Su pregunta constituye un mensaje, porque pone al corriente al interlocutor y al oyente de su interés por la pregunta. Puede ocurrir que la premisa que emite a su vez el interlocutor no sea la respuesta que esperaba el emisor inicial, sino que sea otra pregunta, basada en la anterior.

A veces, como en los diálogos núms. 33, 143 y 181, el interlocutor B emite una pregunta. La respuesta no llega, sino que se produce otra pregunta que no es la misma que ha emitido el emisor, sino otra relacionada con un elemento de los que constituían la premisa interrogativa inicial del interlocutor B. Anoto un ejemplo:

B.- ¿Qué le había pasado ayer a José Luis que no vino?
C.- ¿No vino?

(Diálogo de una tienda, 181.)

El interlocutor sabía que José Luis no había venido y preguntaba el motivo. En vez de recibir una respuesta a su pregunta, recibe otra pregunta. El interlocutor desconocía el hecho del cual el emisor B busca el motivo.

Hay otro tipo de encadenamientos de este tipo. A una premisa del interlocutor B, interrogativa, sucede otra premisa, también interrogativa, del interlocutor C. Pero, en este caso, las dos personas preguntan lo mismo, o sea, que el segundo emisor no responde a la pregunta, porque necesita que también a él se le

conteste. No tiene respuesta para esta pregunta. Hay ejemplos de este tipo. (Diálogos de una tienda núms. 17, 96, 128, 158, 161, 175 y 198.) Elijo uno de ellos como ejemplo:

- B.- ¿Cuántas anillas pondrá?
 C.- ¿Cuántas se acostumbran a poner?
 B.- Una cada diez centímetros.

(Diálogo de una tienda, 175.)

La tercera posibilidad es que la premisa inicial de B sea interrogativa y que la premisa de C sea doble. Primero hay una parte también interrogativa y después sigue una premisa -o parte- enunciativa, que es la respuesta a la pregunta que le ha formulado el interlocutor inicial y que él ha repetido en la primera parte de su premisa. Hay diálogos de este tipo. (Diálogos de una tienda núms. 55, 57, 87, 66, 240 y 288.) Pongo dos como ejemplo:

- B.- Y usted, Durán, ¿qué hace?
 C.- ¿Qué hago? Arreglar el piso.

(Diálogo de una tienda, 55.)

- B.- ¿Qué hacen tus sobrinos?
 C.- ¿Mis sobrinos? Bien, el Albi ya está pensando en las vacaciones.

(Diálogo de una tienda, 87.)

Este último tipo de diálogos es muy frecuente. De hecho, lo normal es que a la premisa interrogativa le suceda la premisa enunciativa respuesta, pero en los diálogos reales, o sea, los diálogos-participación directos, se produce con muchísima frecuencia este fenómeno de tardar un poco en dar la respuesta y empezar la premisa

con la repetición de parte de la pregunta que ha emitido el interlocutor.

Ahora ya entro de lleno en los diálogos que constan de dos o más premisas, la primera de ellas interrogativa, y la segunda enunciativa y de respuesta a la anterior. Son diálogos que contienen más de una información: de una parte, la pregunta indica un desconocimiento acerca de algo, y por otra, la respuesta informa sobre lo que se desconocía.

Puede ocurrir que la premisa enunciativa, la segunda, sea efectivamente una respuesta a la pregunta que se formula en la premisa interrogativa anterior, o que sólo parcialmente sea una respuesta, o sea, que no se ajuste a lo que el interlocutor preguntaba. Esto establece dos grandes grupos de diálogos, que constan de una primera premisa interrogativa y de una segunda premisa enunciativa.

En el primer caso, la segunda premisa se ajusta a la pregunta, o, lo que es lo mismo, es una respuesta adecuada a la pregunta:

B.- ¿Y Trini se quedará allí?

C.- Trini se quedará allí. Que se quede con mi hermano.

(Diálogo de una tienda, 13.)

B.- ¿Qué? ¿Está cerrada la otra puerta?

C.- No, no está cerrada. La han tirado.

(Diálogo de una tienda, 44.)

B.- ¿Qué vas a bajar?

C.- Bajaré las cuatrocientas anillas, si puedo.

B.- ¡No podrás, no!

(Diálogo de una tienda, 77.)

Estos tres ejemplos son diferentes: en el primer caso la respuesta a la pregunta es afirmativa. No se trataba de informar acerca de algo, sino de decir sí o no a una premisa que se enunciaba. He recogido muchos casos de este tipo. (Diálogos de una tienda núms. 2, 13, 19, 32, 61, 78, 84, 90, 107, 113, 114, 117, 145, 202, 211, 236, 249, 259 y 290.) Copio algunos de ellos:

B.- ¿A cómo se las llevó? ¿A quince?
C.- ¡A quince, a quince!

(Diálogo de una tienda, 90.)

B.- Es caro, ¿eh?
C.- ¡Y tan caro!

(Diálogo de una tienda, 113.)

B.- ¿Os explicaba algún drama?
C.- ¡Ah! Drama tras drama.

(Diálogo de una tienda, 211.)

B.- ¿Lo comprende ahora usted también?
C.- Sí, sí, ahora sí.

(Diálogo de una tienda, 19.)

He elegido los ejemplos para que se vea que hay varios sistemas gramaticales de indicar la afirmación. En todos estos casos hay una primera premisa interrogativa, que no se ha de ampliar con una información posterior. Lo que se pregunta es la opinión del interlocutor sobre algo que el emisor inicial enuncia en su premisa, que sólo es interrogativa en tanto que espera un sí o un no por parte del interlocutor.

Hay casos en que la respuesta es negativa. (Diálogos de una tienda núms. 4, 11, 44, 46, 65, 93, 104, 164, 210, 228 y 243.)

Elijo uno de ellos:

B.- ¿Jugamos al dominó?

C.- No, al dominó, no, que nos gana siempre.

B.- No, a veces no gana.

(Diálogo de una tienda, 228.)

La tercera posibilidad es que la premisa enunciativa que sigue a la premisa interrogativa conteste a ésta implícitamente, pero además amplíe algo la información. Se las puede calificar de respuestas ampliadas. (Diálogos de una tienda núms. 6, 18, 20, 27, 39, 49, 56, 59, 63, 69, 77, 99, 109, 118, 119, 146, 154, 165, 191, 200, 208, 219, 230, 231, 251, 252 y 253.) Anoto algunos de ellos:

B.- ¡Ah! éste, para poner el libro de... ¿Qué vale éste?

C.- Este vale trescientas y el otro doscientas cincuenta.

B.- ¡Ah! este iría bien para poner el libro.

(Diálogo de una tienda, 20.)

B.- ¿Qué tal va?

C.- Va bien, pero me parece que el rollo lo tengo que poner al revés.

(Diálogo de una tienda, 49.)

B.- ¿Son las nueve y media ya?

C.- Anda, las diez.

D.- Las diez menos cuarto.

(Diálogo de una tienda, 63.)

Tanto si la respuesta es sólo una afirmación o una negación al enunciado que emite el interlocutor esperando la opinión del segundo emisor, como si la respuesta es adecuada a la pregunta

que se formula pero además informa sobre algo más, los diálogos se agrupan en este primer apartado.

En el segundo están los diálogos formados por dos premisas, interrogativa la primera y enunciativa la segunda, pero en los que la premisa enunciativa no es respuesta a la pregunta anterior, sino un enunciado que, sin ser independiente significativamente de la primera premisa, no es respuesta a ella, sino que es un dato más. (Diálogos de una tienda núms. 54, 83, 111, 116, 122, 133, 166, 185, 192, 246, 248, 283, 285, 286, 16, 25 y 51.) Elijo algunos ejemplos:

B.- ¿No le diste propina?

C.- Nunca la doy.

(Diálogo de una tienda, 54.)

B.- ¿Y no le pasa nada?

C.- A nosotros nos pasaría, pero a ella...

(Diálogo de una tienda, 166.)

B.- ¿No comes?

C.- No es que tenga muchas ganas.

(Diálogo de una tienda, 185.)

B.- ¿Verdad que yo lo hago con toda la razón?

C.- Bueno, pues si lo haces con toda la razón, hazlo.

(Diálogo de una tienda, 286.)

En los dos primeros casos, la premisa enunciativa no es directamente una respuesta, pero a través de ella la respuesta es implícita. Si no da nunca propina, tampoco la habrá dado en esta ocasión. Si a nosotros nos pasaría, es que a ella no le ha pasado.

En cambio, en los otros dos casos no hay respuesta. Si no tiene muchas ganas de comer, es que no come, pero puede empezar a comer dentro de unos instantes. Por otra parte, la pregunta ya no se refiere a si está comiendo en el momento en que se produce el diálogo, porque si los dos interlocutores están frente a frente, no hace falta preguntar si come. La pregunta se refiere al futuro, más o menos inmediato, y la premisa no responde a la pregunta. En el último caso pasa lo mismo. No se sabe si el interlocutor C cree que B actúa con toda la razón. Pero le anima a que lo haga, en la suposición de que es con toda la razón.

Todo este grupo de diálogos formados por una premisa interrogativa y otra enunciativa, presentan las posibilidades que hemos visto. En principio todos ellos aportan más de una información, cosa que no se producía en los casos anteriores. La premisa interrogativa y informa acerca de la pregunta. La segunda premisa, la enunciativa, informa de la respuesta o informa de que también el interlocutor preguntado desconoce la respuesta a la pregunta que se le formula.

Finalmente, si en un diálogo se suceden dos premisas enunciativas, es probable que sea más informativa que todos los que hemos ido viendo hasta ahora, o que tenga varias informaciones distintas. Cuando en la sucesión de dos premisas hay alguna interrogativa, suele limitar la información total del diálogo, pues es fácil que la premisa siguiente sea respuesta. En cambio, si se suceden dos premisas enunciativas, una de cada interlocutor, puede ocurrir que sean dos frases que estén significativamente relacionadas o que sean significativamente independientes. Los dos interlocutores pueden hablar de lo mismo, aunque no sea a base

de repetir las mismas palabras, sino emitiendo dos mensajes gramaticalmente separados, o pueden hablar de dos cosas distintas, aunque haya un elemento en los dos mensajes que sea el mismo.

(Diálogos de una tienda, núms. 28, 30, 36, 43, 45, 64, 67, 70, 88, 105, 110, 124, 127, 130, 132, 138, 141, 156, 177, 179, 199, 203, 204, 206, 213, 218, 221, 225, 232, 233, 235, 238, 241, 145, 150, 165, 170, 255, 272, 273, 275, 284, 287, 289 y 291.) Elijo algunos ejemplos que anoto a continuación:

B.- No se ahorra nada.

C.- No, si es que no se puede ahorrar.

(Diálogo de una tienda, 36.)

B.- Le gusta salir el domingo por la mañana conmigo.

C.- A todas horas le gusta salir.

(Diálogo de una tienda, 105.)

B.- Come.

C.- No, hasta que no lo haga, no como.

(Diálogo de una tienda, 156.)

B.- Luego se enfadará.

C.- Que se enfade.

(Diálogo de una tienda, 199.)

B.- Usted lo tenía que haber traído.

C.- Usted no me dijo que lo trajera.

(Diálogo de una tienda, 225.)

B.- Yo, si vivo la vida de ésta, me muero.

C.- No, no la vivirías.

(Diálogo de una tienda, 255.)

En el segundo tipo de diálogos, en los que se suceden dos premisas enunciativas, hay un elemento gramatical, palabra o expresión, que es común a las dos premisas, pero no hay una verdadera relación significativa entre ellas. (Diálogos de una tienda núms. 23, 89, 95, 121, 137, 144, 150, 157, 160, 167, 171, 178, 184, 186, 190, 207, 209, 214, 223, 239, 261, 264, 270 y 294.) Anoto algunos:

B.- Lleva un traje chaqueta muy mono.
C.- Es ella que es muy mona.

(Diálogo de una tienda, 23.)

B.- Me parece que es un poco pequeña.
C.- Más grande no la tengo.

(Diálogo de una tienda, 121.)

B.- No me vengas a buscar hasta la una.
C.- A la una es muy tarde.

(Diálogo de una tienda, 157.)

B.- Su hija tampoco tiene vergüenza.
C.- Lo que tiene su hija es mucha cara.

(Diálogo de una tienda, 207.)

B.- Esto me lo ha dado el señor Antonio.
C.- ¡Pobre señor Antonio!

(Diálogo de una tienda, 223.)

B.- Yo quería venir contigo a tomar el vermú.
C.- La hora de tomar el vermú es la una.

(Diálogo de una tienda, 264.)

B.- Llévatela a Rocafort, y déjala en una masía.
C.- No me gusta lo de Rocafort.

(Diálogo de una tienda, 294.)

Los elementos comunes que se repiten son, respectivamente: mono, pequeña (grande), la una, su hija, el señor Antonio, tomar el vermú y Rocafort. He elegido estos ejemplos porque se trata de elementos gramaticales pertenecientes a clases distintas. Este elemento se repite en las dos premisas sucesivas y, en cada una de ellas, se incluye en un mensaje de significado distinto al anterior o al siguiente. Son, por lo tanto, diálogos formados por dos premisas enunciativas pero que no tienen relación significativa aunque guardan un elemento común.

Al enfrentarse ante este tipo de diálogos-participación directos recogidos en una tienda hay que pensar, primero, en la función que cumple el lenguaje en ellos: comunicativa, expresiva o fática. Después, se ha de tener en cuenta que son diálogos que se producen con motivo de unas actividades no lingüísticas concretas, o sea que son diálogos requeridos por unas situaciones materiales. Tercero, se ha de pensar que de los interlocutores que intervienen los hay habituales y los hay esporádicos. Esto influye en el diálogo, porque si lo mantienen dos personas habituales, pueden suprimir en sus mensajes multitud de datos que, por estar presentes en el momento en que se habla o por ser suficientemente conocidos de los dos, no es necesario indicar mediante palabras.

Yo he presentado estos diálogos atendiendo al mensaje, a la información que proporcionan al lector posterior. Además, se trata de la medida de la información textual, no de la contextual, porque si una premisa está colocada entre signos de interrogación, sabemos que el emisor desconoce algo, y esto ya es informativo de por sí.

Fig. 55

Diálogos con una sola información

$$1 \begin{cases} B.- & \frac{1}{1} \\ C.- & \frac{1}{1} \end{cases}$$

$$I = \frac{1}{B} > \frac{1}{C}$$

$$2 \begin{cases} B.- & \frac{1}{1} \\ C.- & \frac{1}{1} \end{cases}$$

$$I = \frac{1}{B} = \frac{1}{C}$$

$$3 \begin{cases} B.- & \frac{1 \dots}{\dots} \\ C.- & \dots \frac{1}{1} \end{cases}$$

$$I = \frac{1}{B} + \frac{1}{C}$$

$$4 \begin{cases} B.- & \frac{1}{1} \\ C.- & \frac{?}{2} \\ B.- & \frac{1}{2} \end{cases}$$

$$I = \frac{1}{B} + \frac{2}{B}$$

$$5 \begin{cases} B.- & \frac{1}{1} \\ C.- & \frac{?}{1} \end{cases}$$

$$I = \frac{1}{B} > \frac{1}{C}$$

$$6 \begin{cases} B.- & \frac{1}{1} \\ C.- & \frac{?}{1} \end{cases}$$

$$I = \frac{1}{B} = \frac{1}{C}$$

$$7 \begin{cases} B.- & \frac{1}{1} \\ C.- & \frac{1}{1} \end{cases}$$

$$I = \frac{1}{B} = \frac{1}{C}$$

$$8 \begin{cases} B.- & \frac{1}{1} \\ C.- & \frac{1}{1} \end{cases}$$

$$I = \frac{1}{B} > \frac{1}{C}$$

Fg. 56

Diálogos con más de una información

$$1 \begin{cases} B.- & \text{-----} \quad 1 \\ C.- & \text{-----} \quad 1 \end{cases} \quad I = \frac{1}{B} + \frac{1}{C}$$

$$2 \begin{cases} B.- & \text{-----} \quad 1 \\ C.- & \text{-----} \quad 1 \end{cases} \quad I = \frac{1}{B} + \frac{1}{C}$$

$$3 \begin{cases} B.- & \text{-----} \quad 1 \\ C.- & \text{-----} \quad 1 \\ B.- & \text{-----} \quad 2 \end{cases} \quad I = \left(\frac{1}{B} = \frac{2}{B}\right) + \frac{1}{C}$$

$$4 \begin{cases} B.- & \text{-----} \quad 1 \\ C.- & \text{-----} \quad 1 \\ B.- & \text{-----} \quad 2 \end{cases} \quad I = \left(\frac{1}{B} = \frac{2}{B}\right) + \frac{1}{C}$$

$$5 \begin{cases} B.- & \text{-----} \quad ? \\ C.- & \text{-----} \quad ? \end{cases} \quad I = \frac{1}{B} + \frac{x}{C} ; \frac{x}{C} = \frac{1}{C} - \frac{1}{B}$$

$$6 \begin{cases} B.- & \text{-----} \quad ? \\ C.- & \text{-----} \quad 1 \end{cases} \quad I = \frac{1}{B} + \frac{1}{C}$$

Resposta

$$7 \begin{cases} B.- & \text{-----} \quad ? \\ C.- & \text{-----} \quad 1 \end{cases} \quad I = \frac{1}{B} + \frac{1}{C}$$

Resposta

$$8 \begin{cases} B.- & \text{-----} \quad ? \\ C.- & \text{-----} \quad 1 \end{cases} \quad I = \frac{1}{B} + \frac{1}{C}$$

En la figura 55 hay varios tipos de diálogos con una sola información. Constan de dos o tres premisas. Los tipos 1, 2, 3 y 4 están formados únicamente por premisas enunciativas. Los tipos 5, 6, 7 y 8, por premisas enunciativas y premisas interrogativas.

A continuación analizaré cada uno de los números:

En el 1 el diálogo está formado por dos premisas enunciativas, una del interlocutor B y otra del interlocutor C. La información proviene de la premisa de B, porque la premisa de C no es más que una repetición de una parte de la premisa de B.

En el 2 el diálogo está formado por dos premisas enunciativas. La información proviene de la primera de ellas, la del interlocutor B, porque la premisa de C no es más que una repetición de la totalidad de la premisa anterior.

En el 3 hay dos premisas enunciativas, y, además, cuando se produce el diálogo hay un fenómeno de interrupción. En virtud de éste, el mensaje del interlocutor B se interrumpe y la premisa del interlocutor C no es más que la continuación de la premisa anterior y la continuación de la información.

En el 4 hay tres intervenciones: dos del emisor inicial, el interlocutor B, y una del interlocutor C. Esta se limita a una leve indicación de sorpresa, de interrogación o de duda. Por esto no indico la premisa, sino sólo unos signos interrogativos. Hay un solo mensaje porque la intervención de C no contiene información y porque las dos intervenciones del interlocutor B consisten en la repetición de la misma premisa.

En el 5 hay una premisa enunciativa, la de B, y una repetición de una parte de la misma, como se daba en el caso 1, pero

esta vez la repetición es interrogativa. A pesar de que la simple interrogación ya es informativa de la situación del interlocutor C respecto al mensaje, yo he considerado que no había más que un mensaje, y es el de la premisa enunciativa del interlocutor B.

El caso 6 es idéntico al 2, sólo que en éste la repetición total de la premisa del interlocutor B por parte del interlocutor C está encerrada entre signos de interrogación. Hay un solo mensaje, una sola información.

En el 7 las dos premisas son igualmente interrogativas y, además, la segunda es una repetición de la primera. Hay una sola información.

En el 8 las dos premisas son interrogativas pero la segunda sólo repite una parte de la primera.

He establecido unas líneas que unen el grupo 1 con el 5 y con el 8, porque, independientemente de que en ellos las premisas sean enunciativas o interrogativas, en los tres casos se produce el mismo fenómeno: consistente en que la segunda premisa es una repetición de una parte de la primera.

He unido también los grupos 2, 6 y 7 porque son repeticiones, en la segunda premisa, de la totalidad de las premisas anteriores.

En los ocho grupos se trata de diálogos que contienen, frente al receptor, una sola información, aunque el diálogo se realiza entre dos interlocutores y con intervención de los dos.

El número 1 se refiere a que se trata de la primera premisa de cada diálogo. Sólo en el grupo 6 hay una premisa con un 2, que quiere decir que el interlocutor interviene en el diálogo

por segunda vez.

En la figura 56 hay los tipos de diálogos con más de una información que he encontrado en esta serie de diálogos-participación directos que he recogido de una tienda para obtener material para esta tesis.

Hay ocho grupos, de los cuales los tres primeros sólo constan de premisas enunciativas. Los cinco restantes están formados por premisas enunciativas e interrogativas.

La diferencia entre el 1 y el 2 está en que las dos primeras premisas, las del caso 1, se refieren a lo mismo, aunque den dos informaciones distintas. En cambio, las dos premisas enunciativas de los diálogos incluidos en el caso 2 son significativamente independientes. Lo que pasa es que hay un elemento gramatical que está presente en las dos, y este elemento es el que permite que una premisa se emita a continuación de la otra y no parezca que los dos interlocutores hablan solos, cada uno por su lado.

En el grupo 3 hay una repetición, que es la que se produce al dar el interlocutor B dos veces la misma premisa, o sea la misma información. La otra información proviene de la premisa única del interlocutor C, que es significativamente independiente de la anterior y de la siguiente, las cuales, como ya he dicho, son una misma.

En el 4 se produce lo mismo, sólo que esta premisa del interlocutor C, libre, es interrogativa y no enunciativa.

Los diálogos agrupados en el caso 5 constan de una primera premisa interrogativa. La segunda premisa, la del interlocutor C, tiene dos partes. En la primera repite una parte de la pre-

misa interrogativa anterior, manteniendo el carácter interrogativo. En la segunda, emite enunciativamente lo que constituye la respuesta a la premisa. Hay dos informaciones: la de la pregunta y la de la respuesta.

En el 6 están los diálogos más lógicos, los que están formados por dos premisas, interrogativa la primera y enunciativa la segunda, que consiste en la respuesta a la pregunta anterior. Éste sería un modelo ideal de diálogo. Un interlocutor pregunta y el otro contesta. La primera premisa es interrogativa y la segunda enunciativa.

En el 7 están agrupados una serie de diálogos en que se produce el caso anterior, pregunta y respuesta, pero además la segunda premisa, la del interlocutor C, consta de una ampliación. De hecho, hay tres informaciones: una, la de la pregunta; otra, la de la parte de la premisa de C que es respuesta a la premisa anterior, y, finalmente, la parte independiente de la primera premisa de C, que ya no es respuesta a la pregunta del interlocutor B.

En el 8 están los diálogos formados por una premisa del interlocutor B, que es interrogativa, y una premisa enunciativa de C, que no contesta a la anterior, sino que es una premisa independiente.

Éstas son las características que presentan los diálogos-participación directos que he recogido en una tienda al tiempo que los escuchaba.

Son diálogos-participación porque, desde mi punto de vista, son diálogos en los que yo he participado o he asistido como oyente, pero con posibilidad de intervención. No son diálogos

que se hayan transmitido a través de un canal y que yo haya recibido después de haberse producido. La recepción ha sido simultánea a la emisión. Por esto todo el resto de diálogos que proporcionan ejemplos de cambios en la repetición en los encadenamientos de diálogo y que empleo en esta tesis son diálogos-testimonio, porque se han realizado pensando en que un receptor los oiría, los vería o los leería. Los diálogos-participación son los únicos espontáneos, con los que no se persigue más situación comunicativa que la que encierra el mismo diálogo. En el caso de entrevistas o conversaciones de radio, de televisión y de prensa se trataba de conversaciones y entrevistas provocadas para la posterior recepción de los espectadores, oyentes o lectores. Los diálogos de las obras literarias también son diálogos-testimonio porque yo soy lector de una situación coloquial comunicativa que ha creado el autor sabiendo que alguien iba a leerlo.

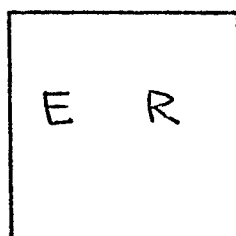
Los diálogos-participación suponen una sola situación comunicativa: la que se produce entre los interlocutores.

Los diálogos-testimonio suponen dos situaciones comunicativas. Una, la que se produce entre los dos interlocutores; otra, la que se produce desde el medio en que se origina y se transmite el diálogo, por un lado, y los receptores por el otro.

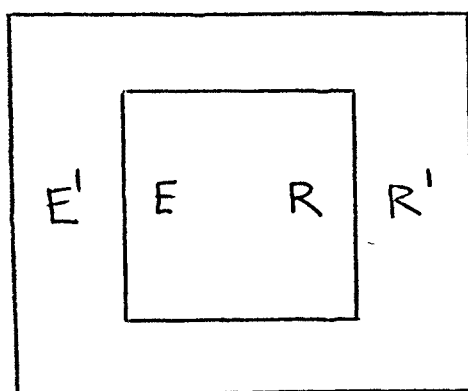
Hay unos diálogos-testimonio especiales, los diálogos de los dramas, obras literarias, en que se producen tres situaciones comunicativas. Primera, la situación comunicativa entre los personajes; segunda, la situación comunicativa entre el autor y el público receptor de su obra, y tercera, en caso de que la obra se represente, la situación comunicativa que se establece entre los actores, que emiten en voz alta el diálogo que el autor ha

creado.

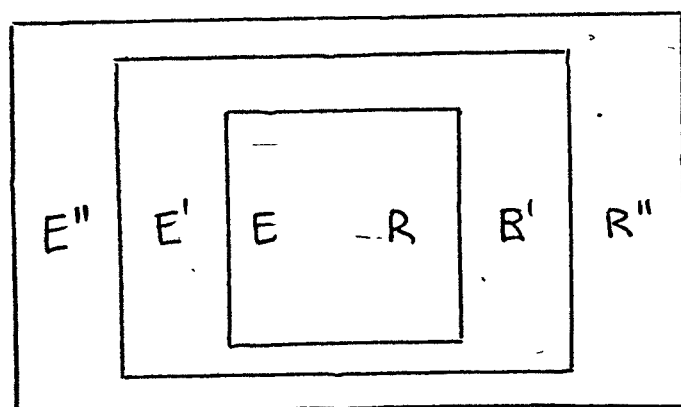
Fig. 57



DIÁLOGO-PARTICIPACIÓN



DIÁLOGO-TESTIMONIO

E'' = actor, en
función emisoraR'' = actor, en
función receptora

Ya al principio de este capítulo he clasificado los diálogos-participación en directos e indirectos. Toda la parte de diálogos obtenidos en una tienda constituyen diálogos-participación directos, porque los dos interlocutores están físicamente presentes en el momento de mantener el diálogo. Cuando no hay presencia física, sino sólo intercambio de mensajes orales, el diálogo es de participación pero no es directo, sino indirecto. Creo que si se trata de mensajes orales, la conversación telefónica es un ejemplo de diálogo-participación indirecto.

La característica principal es la no presencia de los inter-

locutores en el momento de establecer la comunicación. Esto comporta muchos fenómenos: las dos personas sólo están pendientes de las palabras que pronuncia el interlocutor. En las conversaciones directas importaban los gestos y la expresión del rostro y de los ojos. Todo este contexto, esta comunicación no lingüística, se pierde en las conversaciones telefónicas. En cambio, sí hay expresividad por el lado de la voz: el timbre, la entonación y el nivel de la voz informan suficientemente y suplen, parcialmente, los datos no lingüísticos que, en el otro caso, el hombre recibía a través de la vista.

En un diálogo-participación directo era distinta la situación si los dos interlocutores se conocían de antes o si se acababan de conocer, porque, en el segundo caso, se podrían sobreentender muchos datos que no sería necesario indicar explícitamente. En el caso de que no se conocieran antes de mantener el diálogo, era necesario un diálogo más detallado, más preciso. En el caso de estos diálogos-participación indirectos, el factor de conocimiento o desconocimiento de los interlocutores es esencialísimo. Si las dos personas se conocen, el diálogo se hace casi ininteligible para las personas que puedan escucharlo, aunque sea conociendo las premisas de los dos interlocutores. Cuando hablan por teléfono dos personas que no se conocen, la comunicación es muy difícil. Cada interlocutor intenta imaginar el aspecto del otro, y, si se busca algo concreto con el diálogo, las dos personas se esfuerzan por saber cómo reaccionará el interlocutor ante sus palabras, cómo responderá y qué dirá, qué querrá decir con lo que diga. La presencia física, aunque se trate de una persona desconocida hasta el momento de empezar a hablar, es mucho más significativa. La voz es poco

informativa. Es muy fácil crear una forma de hablar, una expresión, un tono de voz. En cambio, cuesta mucho más controlar la reacción de la mirada, del movimiento de las manos y del cuerpo en general.

En un diálogo telefónico son más frecuentes los fenómenos de interrupción y de superposición de voces, porque para cada interlocutor es bastante difícil saber cuándo el otro acabará de emitir su premisa. Normalmente, el diálogo telefónico es más breve que el diálogo directo. Se suele mantener por espacio de tres o cuatro minutos, y con un interés concreto. La conversación normal, la directa, no es lineal, sino radial: en un diálogo se puede hablar de muchas cosas; en una conversación telefónica, no es tan corriente. Se suele llamar para algo, y la situación coloquial tiene su duración limitada al cumplimiento del deseo de información que ha provocado la comunicación telefónica. El coloquio se produce situacionalmente, como hemos visto; y dura lo que dura la situación que lo ha provocado. Otras veces, el coloquio tiene la razón de ser en sí mismo y no tiene una duración limitada.

En una conversación telefónica no puede haber referencia a objetos que estén presentes en la comunicación. Cada interlocutor, en el momento de dialogar, tiene ante sí unos objetos, pero diferentes a los que tiene delante el otro interlocutor. No se puede producir una referencia a estos objetos, que son distintos para los dos. Puede haber, esto sí, en el caso de que los interlocutores se conozcan, una referencia personal.

Hay muchas características que, por el hecho de la no presencia de los interlocutores, sirven de criterio diferenciador entre el coloquio directo y el indirecto. La no presencia comporta la carencia de datos informativos como son los gestos y las expresio-

nes del rostro; el desconocimiento total del carácter y el aspecto del interlocutor, suponiendo que se trate de alguien desconocido con el que se habla por vez primera; la facilidad de producirse interrupciones o superposiciones de voces al no ver cada interlocutor los movimientos orales del otro y tener que esperar una situación de silencio para saber que el interlocutor ha terminado su premisa y él puede empezar la suya.

También una característica posible, no obligada, de los diálogos telefónicos, es el que tengan una significación concreta. Si los diálogos-participación directos podían producirse en situaciones concretas, los diálogos telefónicos son primordialmente intencionales. La comunicación oral entre dos personas que se encuentran o que están juntas es casi inevitable. En cambio, la comunicación telefónica es intencionada por uno de los dos extremos.

Quizá las dos notas que caractericen a los diálogos-participación indirectos del tipo de las comunicaciones por teléfono sean, desde el punto de vista material, la no presencia de los interlocutores en el momento de hablar; y, desde el punto de vista del origen, la intencionalidad que preside los diálogos telefónicos, al menos por parte de uno de los dos interlocutores, frente a la falta de premeditación en la producción de un diálogo-participación directo. Dos personas, por el mero hecho de estar juntas, tienden a hablar. Si las dos personas no están juntas, sino separadas, y cada una en un ambiente y realizando una actividad determinada, sólo se produce el diálogo telefónico si una de ellas lo busca.

El diálogo telefónico puede constituir una entrevista si los interlocutores son un entrevistador y una persona lo suficientemente interesante para que sus declaraciones sean escuchadas o leídas

con gusto por un número indefinido de receptores.

El diálogo telefónico puede tener carácter de conversación, de coloquio normal entre dos personas.

En el primer caso se hablaría de dos interlocutores, A y B. El interlocutor A sería el profesional, el entrevistador; el interlocutor B sería el entrevistado, no profesional. Lo más corriente en este caso es que el entrevistador pregunte y que el entrevistado conteste.

En el segundo caso, los interlocutores son B y C, porque ninguno de ellos es entrevistador ni entrevistado. Los dos tienen un mismo interés en la comunicación telefónica, aunque siempre hay uno de los dos que es el que la ha planteado. Esto tampoco ocurría en los diálogos-participación directos. Ciertamente, uno de los dos interlocutores, B o C, era el que empezaba a hablar, pero esto no tenía importancia. En el caso de los diálogos telefónicos, la comunicación, al ser voluntaria, se produce en virtud de que uno de los interlocutores ha decidido llamar al otro. Por lo tanto, aunque sean B y C, no tienen las mismas motivaciones en el momento de entablar su diálogo telefónico.

Cuando se produce una entrevista por teléfono, lo más corriente es que se grabe y se emita por radio directamente, o que se grabe en una cinta y se transmita con posterioridad. Puede ocurrir que la conversación se grabe y sirva para escribir un artículo que se publica en un diario. Los diálogos-participación directos concluían en el momento en que se producían. Claro que era posible almacenarlos y reproducirlos posteriormente, pero esto no tenía interés para nadie, como no fuera para hacer un estudio lingüístico. En cambio, en el caso de entrevistas realizadas a

través del teléfono, lo corriente es que se guarden y se reproduzcan luego, pasando a ser diálogos-testimonio.

Un diálogo-participación directo sólo puede pasar a ser diálogo-testimonio si se quiere estudiar sobre él. Pero lo más frecuente es que la situación comunicativa se termine cuando se ha terminado la sucesión de premisas de los dos interlocutores.

En cambio, los diálogos-participación indirectos, los diálogos telefónicos, en muchos casos se convierten luego, mediante un proceso de elaboración y de difusión posterior, en diálogos-testimonio (desde el punto de vista del receptor).

Yo no he empleado ningún diálogo telefónico real para obtener ejemplos de cambios en la repetición en el encadenamiento de diálogo. En parte, por la dificultad que supone obtener y grabar estas situaciones coloquiales. Es fácil grabar un diálogo cuando las emisiones sonoras se producen en el mismo lugar, pero es difícil colocar una cinta magnetofónica a cada extremo del hilo telefónico, junto a cada uno de los interlocutores, sin que haya un detrimento de la espontaneidad del diálogo. No sería práctico tampoco estudiar los diálogos telefónicos partiendo sólo de las premisas de uno de los interlocutores, aquél que yo podía ver físicamente, y, al mismo tiempo, escuchar.

Todas estas dificultades han hecho que en mi tesis no haya ningún ejemplo de diálogo telefónico. Me refiero a los diálogos reales, porque lo que sí voy a estudiar ahora, aunque sea levemente, son las características de los diálogos-participación indirectos fingidos en las obras literarias.

Creo que sólo hay dos maneras de insertar un diálogo telefónico en una obra literaria. El autor puede indicar las frases de los

dos interlocutores, como si él tuviese capacidad para escuchar al mismo tiempo a uno y otro lado del hilo telefónico, o puede citar sólo las palabras de uno de los interlocutores, como si él estuviera a este lado del teléfono y nada de lo que se dijera al otro lado, por el otro interlocutor, le fuera comunicado.

El primer caso presenta, en la obra, la misma estructura formal que un diálogo-participación directo, en el que los dos interlocutores estuvieran frente a frente. Después de un fragmento narrativo, el autor inicia una serie de frases introducidas por un guión y que constituyen las palabras en directo de los dos interlocutores. Así:

...sonó el teléfono que tenía junto al codo.
 -¿Quién?
 -¿Don Lotario?
 -Dime Manuel.
 -Me gustaría verlo a las doce treinta en la terraza del San Fernando.
 -¿Hay algo?
 -Sí.
 -¿Qué?
 -Una carta... de Madrid. Pero paciencia hasta las doce y treinta. Allí nos vemos.
 -De acuerdo, Manuel.

(Francisco García Pavón, Las hermanas coloradas, Barcelona, Ediciones Destino, pág. 19.)

Este mismo tipo de diálogo telefónico se puede enriquecer si el autor añade al coloquio unas notas de descripción. El lector conocerá los gestos con los que los interlocutores acompañan sus palabras. Estas indicaciones sirven para conocer el estado de ánimo de los interlocutores y sus reacciones ante las palabras del otro emisor. El autor, además de estar presente en

los dos puntos de origen de las emisiones lingüísticas, es cono-
cedor (como creador que es del coloquio y de la obra entera) de
los estados de ánimo de sus personajes interlocutores. Este fe-
nómeno de que el coloquio no se presentara aislado del cuerpo ge-
neral de la narración, sino que estuviera acompañado por datos
descriptivos, ya lo hemos encontrado en los diálogos-testimonio
directos. El autor podía separar el coloquio de lo demás, o po-
día salpicar el coloquio de elementos descriptivos e incluso na-
rrativos, que, formalmente, consistían en unas frases colocadas
después de las frases en directo, y separadas de éstas por medio
de un guión. Anoto un diálogo telefónico literario que responde
a estas características:

Le despertó el teléfono. La escuchaba, entumecido de sueño.
Se habían acostado tarde, Ágata y él.

-Ha muerto Ventura...

Froilán bostezó, con la boca pastosa:

-¿Qué Ventura?

Un silencio en el teléfono. Y cuando más despejado fue a
decir:

-¡Ah, ya!- le llegó la voz de Esperanza, impaciente y ren-
corosa:

-Mi marido... El padre de tu mujer.

-¡Ah, caramba!

Medio se había incorporado, y acercaba el auricular a su
boca, bajando la voz:

-¿Cómo ha sido eso?

-Acaban de avisarme. ¿No has oído nada de lo que te he
dicho?

Estaba irritada.

-Escucha, me has despertado... Estaba aún...

-Ventura ha muerto. Acaban de avisarme.

-¿Quién?

La voz se impacientaba:

-¿Qué sé yo? Esa... tía.

Froilán contemporizó:

-¡Qué desagradable!

-¿Qué hacemos?

Bueno, ¿qué esperaba su suegra de él? Menuda situación.

-Tú dirás, ya sabes que para cualquier cosa...

-Lo sé. Gracias... Creo que debo ir allí.

- ¿Tú crees? No sé si...
- Es mi deber. Era mi marido. Además, que me han avisado...
- Eres admirable, Esperanza.
- Era lo que esperaba oír.
- ...Yo iré contigo, si quieres. Voy a despertar a Ágata.
- No. Deja a Ágata en paz. Ya habrá tiempo. Antes vamos a ver si es sitio para ella.
- Froilán sonrió con intención. Dijo:
- Era su padre.
- Hubo otro silencio. Después, de nuevo la voz de la mujer:
- Ya hablaremos. Por de pronto vamos tú y yo. No le digas nada.

(Elena Quiroga, Algo pasa en la calle, Barcelona, Ediciones Destino, Ancora y Delfín 102, 1954, pág. 12.)

La verdad es que, leyendo este diálogo, el lector no tiene la sensación de estar al mismo tiempo en los dos extremos del hilo telefónico, sino sólo junto a Froilán, aunque oiga igualmente las palabras del otro interlocutor: "le llegó la voz de Esperanza, impaciente y rencorosa" o "La voz se impacientaba". El autor no describe más que los cambios de la voz en el interlocutor femenino, mientras que describe con más detalle las reacciones del hombre: "Era lo que esperaba oír" o "Froilán sonrió con intención". Lo que pasa es que uno de los interlocutores se toma como protagonista; el autor se coloca -imaginariamente- a su lado, y sitúa también a los lectores en esta posición, junto a este locutor y separados del otro, físicamente, aunque partícipes de sus emisiones lingüísticas. Puede ser que en el fragmento narrativo en el que está incluido el diálogo telefónico, el interlocutor puesto de relieve esté interviniendo como personaje, mientras que del otro no se había hablado hasta este momento. Así ocurre en:

A Consorcio López, el encargado, le llamó por teléfono nada menos que Marujita Ranero, su antigua novia, la mamá de los dos gemelines.

- ¿Pero qué haces tú en Madrid?
 -Pues que se ha venido a operar mi marido.
 López estaba un poco cortado; era hombre de recursos, pero aquella llamada, la verdad, le había cogido algo desprevenido.
 -¿Y los nenes?
 -Hechos unos hombrecetes. Este año van a hacer el ingreso.
 -¡Cómo pasa el tiempo!
 -Ya, ya.
 Marujita tenía la voz casi temblorosa.
 -Oye.
 -Qué.
 -¿No quieres verme?
 -Pero...
 -¡Claro! Pensarás que estoy hecha una ruina.
 -No, mujer, qué boba, es que ahora...
 -No, ahora no; esta noche cuando salgas de ahí. Mi marido se queda en el sanatorio y yo estoy en una pensión.
 -¿En cuál?
 - En "La Colladense", en la calle de la Magdalena.
 A López las sienes le sonaban como disparos.
 -Oye, ¿y cómo entro?
 -Pues por la puerta, ya te he tomado una habitación, la número 3.
 -Oye, ¿y cómo te encuentro?
 -¡Anda, y no seas bobo! Ya te buscaré.
 Cuando López colgó el teléfono y se dio la vuelta otra vez hacia el mostrador, tiró con el codo toda una estantería, la de los licores.

(Camilo José Cela, La colmena, Barcelona, Editorial Noguer, 10.ª ed., 1969, pág. 106.)

El segundo sistema de reproducir un diálogo telefónico e incluirlo en una obra literaria es copiar las palabras de uno de los interlocutores, pero no las del otro. El autor ya lo escribe de tal manera que el diálogo sea comprensible sólo con las premisas de uno de los que hablan. En la realidad posiblemente no ocurra así, y para nosotros sea incomprensible un diálogo del que sólo oímos exactamente una parte, la mitad. Pero en la obra literaria el autor puede arreglar las premisas de la forma que quiera y hacer que sean por sí solas lo suficientemente informativas para que el lector comprenda la totalidad. Por este sistema se da mayor sensación de realidad. El lector se encuentra junto al

personaje y para él es natural oír sus palabras, pero no las del interlocutor que está en otro sitio y que habla a través del hilo telefónico. Esto es una muestra de que el autor quiere parecer lo menos responsable posible de las acciones y de las palabras de sus personajes. Ante los ojos de los lectores sólo hay una persona que habla, y otra, desconocida, que le contesta pero a la que no se puede oír.

Una forma de indicar este diálogo en una obra consiste en suplir con puntos suspensivos la premisa que tendría que ocupar el mensaje lingüístico de uno de los interlocutores. Puedo poner unos ejemplos:

Por teléfono, el señor Suárez habla en voz baja, atiplada, una voz de lila, un poco redicha. La chaqueta le está algo corta y el pantalón le queda ceñido, como el de un torero:

-¿Eres tú?

-.....

-!Descarado, más que descarado! !Eres un carota!

-.....

-Sí...Sí... Bueno, como tú quieras.

-.....

-Entendido. Bien; descuida, que no faltaré.

-.....

-Adiós, chato.

-.....

-!Je, je! !Tú siempre con tus cosas! Adiós, pichón; ahora te recojo.

(Camilo José Cela, La colmena, Barcelona, Editorial Noguer, 10.ª ed., 1969, pág. 35.)

Llamaron por teléfono y se puso Dolores. Era para la Baronesa. Golpeó la puerta.

-La llaman al aparato.

El teléfono estaba en el vestíbulo, junto al corredor.

-¿.....?

-Sí.

-¿.....?

-Bueno.

-¿.....?

-Sí, sí.

Colgó el auricular.

(Juan Antonio Zunzunegui, Esta oscura desbandada, Madrid, Alianza Editorial 146, 1968, pág. 102.)

Con este sistema se consigue crear una sensación de diálogo apenas oído y apenas entendido. Son conversaciones que el lector no ha de escuchar porque al autor le interesa crear un cierto clima de sospecha, de duda e incertidumbre. También ocurre esto en:

En cambio, el teléfono llamaba frecuentemente y con misterio preguntando por ella. Eran conversaciones de un laconismo sospechoso e irritante:

-¿.....?

-Sí.

-¿.....?

-Bueno, bueno.

-¿.....?

-Sí, adiós.

(Juan Antonio Zunzunegui, Esta oscura desbandada, Madrid, Alianza Editorial 146, 1968, pág.147.)

He subrayado los elementos en que el autor revela lo que he dicho antes. Un diálogo en el que se indican las frases que componen las premisas de los dos interlocutores es un diálogo expuesto a todos. Un diálogo telefónico, si se presenta así, no se diferencia de otro diálogo corriente de cualquier obra. En cambio, si el autor renuncia a indicar las palabras de uno de los interlocutores y, además, hace que las premisas del otro sean cortas y poco informativas, el lector se ve envuelto en la curiosidad.

Hay otra forma de presentar estos diálogos telefónicos de los que sólo se indican las premisas de uno de los que intervienen: en vez de indicar las premisas de cada interlocutor en una línea aparte, en el texto, e introducir las con un guión que indica la situación coloquial, se pueden colocar todas las premisas del mis-

mo interlocutor juntas, separadas unas de otras por puntos suspensivos. Todo el fragmento se inicia con un gui3n de di3logo, que ya no se vuelve a repetir al principio de cada nueva premisa, porque todas pertenecen al mismo interlocutor. Los puntos suspensivos indican el espacio vacio que ocupan en la realidad las palabras del otro emisor que el lector no conoce. Pongo un ejemplo:

-¿Señor Malvido? Del subsecretario...SÍ. ¿Qué tal, Malvido? Encantado de saludarle...!no! Yo no soy el subsecretario; pero me han dicho de su parte que le diga a usted... Claro, sí, soy Mauro García... No; es que me han dicho en el Ministerio... Sí, es que me han dicho... !Pero no se ponga así, Malvido!... Le ruego que me atienda, es importante... !Hombre, claro, para mí; pero también para usted, porque... !Malvido! !Yo no puedo tolerarle...!

(Antonio Buero Vallejo, Las cartas boca abajo, Madrid, Ediciones Alfil, Col. Teatro 191, 1966, pág.12.)

Este fragmento de di3logo telef3nico produce la impresi3n de que el emisor del que no oímos las palabras provoca que las premisas que se nos ofrecen, las del otro interlocutor, sean tan breves, repetidas y exaltadas.

En el di3logo que copio a continuaci3n se produce el fen3meno contrario. El personaje del que conocemos las emisiones lingüísticas domina claramente al otro, del cual desconocemos las premisas. Las premisas que se citan son más amplias que las del ejemplo anterior:

-Doña Ángela... Soy Manuel, el Jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso. Perdona que la moleste, pero es importante... Mire, acabo de hablar con un agente de la Comisaría de Alcázar.. Sí, y me ha transmitido el resultado de las pesquisas que ha hecho la policia de Valencia sobre el paradero de su esposo... ¿Que qué pesquisas?... Pues mire usted, muy sencillo, que el doctor está desde hace dos días en Valencia sano y salvo...

Palabra, palabra de honor, señora... Durante una temporada ha estado con Fidel Castro... No sé... Algo tendrían que hablar los hombres... O a lo mejor no lo ha visto. Bueno, lo importante es que regresó hace dos días. De modo que asunto concluido... Puede, si quiere cerciorarse, llamar de mi parte a la Comisaría de Alcázar... No, señora, sus hermanas marcharon ya hace un buen rato... Nada, que me alegro de haberla conocido -dijo Plinio guiñándole un ojo a don Lotario- y si puedo servirla en algo... ¿Me oye?... ¿Me oye?... ¿Me oye? Anda, coño, ha colgado.

(Francisco García Pavón, El reinado de Witiza, Barcelona, Ediciones Destino, Áncora y Delfín 311, 2.ª ed., 1969, pág.169.)

Aunque el autor haya optado por indicar sólo las palabras de uno de los dos que mantienen el diálogo telefónico, puede adornarlas con detalles descriptivos que ayudan al lector a hacerse una idea de la repercusión de la conversación en el personaje:

-Diga... (Lo que oye le hace estremecer como si fuera el impacto de una voz temida y esperada. Trémulo.) Sí..., soy yo (con voz estrangulada) Yo... no he dicho que subas... yo ... (Silencio. Cierra los ojos. Murmura.) Sube... sí... sube... por favor. (Cuelga. Está pálido.)

(Alfonso Sastre, La cornada, Madrid, Ediciones Alfil, Col. Teatro 253, 1960, pág.48.)

En este caso se trata de un diálogo telefónico incluido en una escena de una obra teatral. Por esto las notas descriptivas están indicadas entre paréntesis, ya que se trata de acotaciones destinadas más al actor que al posible y eventual lector del drama.

Pero lo mismo se puede encontrar en una novela. La descripción la hace el autor, y el coloquio está en manos de los personajes, aunque el lector sólo conozca las premisas de uno de ellos. En

el diálogo que anoto a continuación, el autor se ha ocupado por igual del personaje que mantiene el diálogo con otro invisible y de los demás personajes que están en escena, es decir, en el mismo marco en que se desarrolla el diálogo:

Sonó el timbre del teléfono; el guardia se apresuró a descolgar.

-¡Diga!...

-¡Diga! ¿Es ahí el Señor Secretario?...

Alguien chistaba en las mesas hacia un moscardoneo de borrachos, que no dejaba escuchar desde el rincón más lejano al teléfono.

-Mire usted, Señor Secretario, aquí le llaman desde San Fernando de Henares, el Guardia Civil de primera Gumersindo Calderón, para servirle... ¿Cómo dice? -escuchó-. Sí señor -asentía con la cabeza-. ¡Sí, sí señor; la pareja de servicio en el Jar. ¿Diga?

Ya todos los clientes escuchaban; una partida de tute se había interrumpido y los naipes esperaban bocabajo en el mármol de la mesa.

-Pues mire usted -continuó Gumersindo-, o sea que en la tarde hoy se ha producido un ahogamiento, de cuyo ahogamiento ha resultado siniestrada una joven, según indicios, vecina de Madrid, que se supone asistía a los baños, en compañía de... ¡Diga, Secretario! -escuchaba-. ¡En la presa, sí señor, en las inmediaciones de...! -se interrumpió de nuevo-. ¡Bien, Secretario! -otra pausa-. ¡De acuerdo, sí señor, conforme! ¿Mande?... -escuchaba y asentía-. Sí señor, sí, sí, señor... Hasta dentro de un rato, señor Secretario, a sus órdenes.

Esperó unos instantes, luego colgó el auricular. Se reanudaron las conversaciones en todas las mesas. El Guardia Civil volvió al mostrador y recogió su tricornio; se lo puso.

(Rafael Sánchez Ferlosio, El Jarama, Barcelona, Ediciones Destino, Áncora y Delfín 121, 9.ª ed., 1969, pág.290.)

En el caso de que la narración esté hecha en primera persona y el relato sea autobiográfico, el interlocutor que habla por teléfono es el protagonista y el narrador. Entonces, al autor no puede renunciar a emitir las premisas de los dos interlocutores. Por una parte, el personaje narrador es uno de los interlocutores, y si ejerce su facultad receptiva ha de escuchar las palabras del otro

interlocutor.

Copio un diálogo que tiene estas características:

Marqué. Efectivamente, había mucho sobresalto en la voz apagada y secreta que casi en seguida pronunció mi nombre. Sí, estaba despierta. Que si me pasaba algo, que dónde estaba, que para qué la volvía a llamar. Para nada, porque quería oír su voz. Y también verla, quería que bajase un minuto al portal. Ella no podía. Era más de la una y estaba lloviendo. ¡Cómo le pedía eso! ¿Y si se despertaba su madre? ¿Había mirado lo del empleo? ¿Lo del empleo? Ah, sí; habíamos reñido otra vez por lo del empleo. Pues no. Yo no había mirado nada. ¿Entonces? ¿No habíamos terminado para siempre?

-¿Ves? -me dijo-, ¿Ves cómo el que no me deja vivir eres tú?

-Pero, ¿tú tienes ganas de volverme a ver?

Claro que las tenía, se le había pasado el tiempo, desde que reñimos, pensando en mí. Me rebelé. Le dije que era como un perro, que así no se iba a librar nunca de mí.

Me gozaba insultándola para ver si provocaba los insultos de ella que necesitaba para mi purificación. Pero, en vez de insultarme, se echó a llorar. Y yo, también casi llorando le decía que era un canalla, que no me volviese a mirar la cara, que me despreciara.

-Es muy fácil de decir- contestaba ella-. No me llames. Sabes que te quiero hagas lo que hagas. Y como tú vuelves a llamar, vuelvo contigo.

Luego me preguntó si había bebido y en su voz había alarma y ternura. Le dije que sí. Pero que con mi cuñado.

-¿Mucho?

-Sí, bastante.

-¿Ves? No te puedo dejar de la mano. Sólo me tienes a mí. Luego te vuelven las depresiones.

Le conté que las depresiones ya me habían vuelto, que vivía desde hacía una semana en plena depresión. Quería impresionarla para convencerla de que bajase a verme.

-Está aquí conmigo mi cuñado -le dije-. Es sólo un momentito. Tu madre ni se entera. ¿No decías que tenías ganas de conocer a alguien de mi familia?

Sí, sí. Pero no podía, que no la forzara a hacer lo que no podía. Hablaba con una voz apurada y débil, como si estuviera amortiguándola en el hueco de la mano. El teléfono lo tienen en un recodo del pasillo, cerca del dormitorio de la madre. Ella me lo había dibujado en un plano muchas veces y también me había rogado que no la llamase nunca por la noche para no aumentar la antipatía que tenía su madre por mí. Pero yo insistía con mi testarudez de borracho. ¿Por qué no podía bajar? Si no lo hacía, quería decir que no me perdonaba. Además llovía. ¿No había dicho una vez que le gustaba andar debajo de la lluvia, de noche, conmigo por las calles desiertas? Y ella, con voz contenida, que sí, que lo había dicho. ¡Pues entonces que bajara, que se despertara su madre o quien fuese! ¡Que se opusiera a su madre! Era tan bonito hacer un disparate alguna vez.

-Disparates demasiados hago por ti- dije ella.

La conversación, como todas las de este estilo, amenazaba con no terminar nunca. Menos mal que Julio, que había venido acercándose desde el otro extremo de la barra me hizo una señal y me preguntó en qué quedábamos, que si le dejaba ponerse a él, y le cedí el teléfono. Naturalmente no convenció a Lucía para que bajase, pero en cambio logró, al menos, disimular que estaba borrachísimo, tanto que incluso a Lucía, según me dijo al día siguiente, le había hecho la impresión de un hombre muy educado. Quedaron en que, para que él tuviera el gusto de verla, se asomaría un instante al balcón del comedor.

(Carmen Martín Gaité, Ritmo lento, Barcelona, Editorial Seix Barral, Biblioteca Breve, Libros de enlace 57, 1969, pág.259.)

Hay dos trozos, en este diálogo, que son idénticos a los que habíamos visto antes. Son diálogos que no se diferencian en nada de los no telefónicos que se encuentran en una novela. Son éstos:

-¿Ves? -me dijo-, ¿ves cómo el que no me deja vivir eres tú?

-Pero, ¿tú tienes ganas de volverme a ver?

-¿Mucho?

-Sí, bastante.

-¿Ves? No te puedo dejar de la mano. Sólo me tienes a mí. Luego te vuelven las depresiones.

Leyéndolos así, separados del resto del diálogo, el lector tampoco adivinaría que la narración se haga siempre en primera persona, por que el diálogo es directo.

En cambio, en el resto del fragmento es donde se advierte esto. El diálogo es indirecto y se puede hacer distinción entre los elementos coloquiales, de un lado, y los narrativos y descriptivos, del otro. Los elementos coloquiales se reducen a la conversación

entre el protagonista y su interlocutor; los elementos descriptivos y narrativos están en boca del narrador-protagonista. A continuación las frases que son descriptivas o narrativas:

Ah, sí; habíamos reñido otra vez por lo del empleo.

me dijo.

Me rebelé.

Me gozaba insultándola para ver si provocaba los insultos de ella que necesitaba para mi purificación. Pero, en vez de insultarme, se echó a llorar. Y yo, también casi llorando, le decía.

contestaba ella.

Luego me preguntó.

y en su voz había alarma y ternura. Le dije.

Le conté.

Quería impresionarla para convencerla de que bajase a verme.

le dije.

Hablaba con una voz apurada y débil, como si estuviera amortiguándola en el hueco de la mano. El teléfono lo tienen en un recodo del pasillo, cerca del dormitorio de la madre. Ella me lo había dibujado en un plano muchas veces y también me había rogado que no llamase nunca por la noche para no aumentar la antipatía que tenía su madre por mí. Pero yo insistía con mi testarudez de borracho.

y ella, con voz contenida,

dijo ella.

Algunas de estas frases no son más que los verbos introductorios de las palabras de uno de los interlocutores, necesarios al no presentarse el diálogo en directo, en el que las frases estarían introducidas por los dos puntos, el aparte y el guión. Son las frases que he subrayado. Las demás aportan datos sobre la forma de desarrollarse el diálogo o sobre consideraciones del protagonista. Un diálogo telefónico puede considerarse desde los dos extremos, o puede describirse desde uno de los extremos aunque se indiquen también las palabras del otro, como ocurre en este caso. El lector sabe lo que han dicho uno y otro, pero también reconoce que el diálogo lo ha oído desde uno de los dos extremos del hilo telefónico y no como si estuviera a igual distancia de los dos interlocutores.

En cuanto a los fragmentos estrictamente coloquiales, hay que distinguir entre los que pertenecen a un interlocutor y los que pertenecen al otro. El paso de los primeros a los segundos se puede hacer directamente, uniendo unas frases a otras, sólo con un cambio en la persona de los verbos (de primera a tercera):

Sí. Estaba despierta. Que si me pasaba algo, que dónde estaba, que para qué la volvía a llamar. Paramada, porque quería oír su voz. Y también verla, quería que bajase un minuto al portal. Ella no podía. Era más de la una y estaba lloviendo. ¡Cómo le pedía eso! ¿Y si se despertaba su madre? ¿Había mirado lo del empleo?... Pues no. Yo no había mirado nada. ¿Entonces? ¿No habíamos terminado para siempre?

Y ella, en voz contenida, que sí, que lo había dicho. ¡Pues entonces que bajara, que se despertara su madre o quien fuese! ¡Que se opusiera a su madre! Era tan bonito hacer algún disparate alguna vez.

Lo interesante de este diálogo es la mezcla que se produce entre los trozos dialogados de una forma habitual, los trozos dialogados de forma indirecta -como los anteriores- y los incisos narrativos y descriptivos que el autor-personaje-interlocutor emplea frecuentemente.

Creo que es el diálogo-participación indirecto (telefónico) más interesante que he encontrado. Toda la originalidad radica, por una parte, en que el narrador sea él mismo interlocutor; por otra parte, en que el diálogo se escriba en estilo indirecto, pero prescindiendo de los necesarios verbos introductorios. Esto ocurre en:

-Pero, ¿tú tienes ganas de volverme a ver?
Claro que las tenía, se le había pasado el tiempo, desde que reñimos, pensando en mí.

-... ¿no decías que tenías ganas de conocer a alguien de mi familia?
Sí, sí, pero no podía, que no la forzara a hacer lo que no podía.

Todos los diálogos telefónicos que he analizado como ejemplos de los diálogos-participación indirectos no son reales, sino que están extraídos de obras literarias. Parece un contrasentido analizarlos dentro de este capítulo 3, dedicado a los diálogos reales.

Desde el punto de vista de su origen, la clasificación general de diálogos en diálogos-participación y diálogos-testimonio separa los que yo he obtenido realmente, es decir, que he escuchado cómo se emitían y he visto a los interlocutores, de los que he recogido porque se me ofrecían a través de un canal in-

formativo (radio, televisión, prensa y obra literaria). Mi función respecto a ellos era la de receptor final sin capacidad para intervenir en ellos. Todos estos diálogos-testimonio incluyen una doble función comunicativa: primera, la que reúne a los dos interlocutores, y segunda, la que reúne su emisión con el receptor final del diálogo. En cambio, los diálogos-participación ejercen una única función comunicativa, que es la que pone en relación lingüística a unos interlocutores, emisores y receptores del diálogo.

En el capítulo 1 analizo los diálogos de las obras literarias. En el capítulo 2 analizo los diálogos procedentes de radio, televisión y prensa. Más adelante, en el capítulo 4, y aparte, analizaré los diálogos de las entrevistas que se presentan al receptor bajo la forma de obra literaria porque ha habido un autor que las ha recogido, modificado y presentado bajo un aspecto determinado.

En cambio, en este capítulo 3 he analizado las características de los diálogos-participación. Se pueden dividir en directos e indirectos, según que la comunicación lingüística se acompañe o no de la presencia física de los interlocutores.

Los diálogos-participación directos los he recogido en una tienda. De ellos he extraído casos que más adelante servirán de ejemplo de los cambios en las repeticiones en los encadenamientos de diálogo.

Tenía que haber recogido, igualmente, casos de diálogos-participación indirectos, pero la dificultad era grande. Si se trataba de emisiones lingüísticas orales, eran diálogos telefónicos, Si las emisiones lingüísticas eran escritas, se trataba de las

situaciones coloquiales que pueden comportar las correspondencias por correo entre dos personas, e incluso el intercambio de telegramas.

Ya pensé, desde este momento, reducir los diálogos-participación analizados a los telefónicos, y, además, no obtenerlos directamente, sino buscarlos en obras literarias. Es verdad que no son reales, y por ello no los he incorporado a los ejemplos utilizados verdaderamente para esta tesis. Los analizo para ver su estructura, que tampoco se puede alejar demasiado de la que tendrían si fueran reales de verdad.

Las características más destacadas de los diálogos obtenidos en una tienda son: primera, la función situacional del coloquio, que se produce porque se necesita para obtener una serie de reacciones físicas concretas; segunda, la función relacionante del coloquio, en tanto que unifica de alguna manera a dos personas que están juntas; tercera, la frecuente alusión a elementos físicos presentes a los interlocutores en el momento de hablar. De todo ello deriva la parcial incomprensión que ofrecen estos diálogos para un lector posterior, que no haya intervenido en ellos como locutor ni como espectador.

Las características atribuibles a un diálogo telefónico son varias. En primer lugar, es un diálogo que, en uno de sus extremos, es provocado intencionalmente; pero no porque los interlocutores estén físicamente juntos y tiendan a establecer una correspondiente comunicación lingüística, como ocurre frecuentemente en los diálogos-participación directos. Aquí, en los diálogos telefónicos, uno de los interlocutores llama al otro buscando su participación. Es un diálogo provocado y nunca fortui-

to. Tiene este carácter porque para llamar hay una intención. Esto comporta la brevedad de muchos diálogos telefónicos, ya que terminan en el momento en que el interlocutor que lo ha provocado ha obtenido la información que deseaba.

En el diálogo telefónico es esencial el factor conocimiento o desconocimiento mutuo de los interlocutores que intervienen. Un diálogo de este tipo entre dos personas puede ser totalmente incomprensible para alguien, aunque oiga perfectamente las emisiones lingüísticas de uno y otro interlocutor.

CAPÍTULO 4

El diálogo de entrevistas recogidas en libros

En este capítulo se analizan las características de los diálogos que constituyen las obras que son un compendio de entrevistas. Manuel Del Arco publicó muchas entrevistas en el diario y luego pensó agruparlas. Esto dio lugar a una obra, con la que he trabajado: Hablar con ton y son. 111 personajes hablan en voz alta, Barcelona, Editorial Planeta, 1969. La obra no tiene una unidad temática puesto que los entrevistados pertenecen a distintas esferas de la vida del país, o son visitantes extranjeros de cierta importancia. No hay, pues, un tema que justifique que los entrevistados sean aquéllos y no otros. Hay políticos, intelectuales, artistas, profesores, militares y todo tipo de personas interesantes.

Posteriormente han aparecido numerosas obras de este tipo, dando lugar a un género literario que está por definir. En El Noticiero Universal del 4 de enero de 1973 se lee: "Falange hoy, próximo libro-encuesta. Falange hoy es el título de un libro que aparecerá próximamente, con las contestaciones de 35 falangistas a una encuesta planteada por los periodistas Miguel Veyrat y José Luis Navas. La idea del libro nació a raíz de una conversación de uno de los autores con Cantarero del Castillo, quien se mostró partidario de la celebración de un congreso de falangistas. Veyrat y Navas enviaron entonces más de 300 cartas a otros tantos falangistas, con treinta preguntas.

Contestaron al cuestionario 35 de los consultados, que son

los que aparecen en el libro, de 400 páginas, y entre las que se encuentran Raimundo Fernández Cuesta, Jesús Suevos, Diego Márquez, Rincón de Arellano... Se inicia el libro con una entrevista personal con Pilar Primo de Rivera". De estos mismos autores han aparecido ya otros libros. (Miguel Veyrat, Hablando de España en voz alta, 1971, y Los famosos en voz baja, 1972; José Luis Navas, La generación del Príncipe, 1972.)

No sólo los periodistas se han orientado hacia este tipo de obra, sino que también un escritor como es José María de Pemán ha publicado dos obras con estos títulos: Mis almuerzos con gente importante, 1972, y El español ante el diluvio, 1972.

Para obtener casos de cambios en la repetición en los encadenamientos de diálogo en las obras que no son ni literarias ni plenamente periodísticas he recurrido a la citada anteriormente de Manuel Del Arco y a las cuatro siguientes: César Alonso de los Ríos, Conversaciones con Miguel Delibes, Madrid, Editorial Magisterio Español, Col. Novelas y cuentos, 1971; Baltasar Porcel, Catalanes de hoy, Barcelona, Editorial Seix Barral, Biblioteca Breve, Libros de enlace 98, 1971, y Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, Barcelona, Editorial Kairós, 11.ª ed., 1970. También es autor de unas Conversaciones en Cataluña, 3.ª ed., 1971, que no he consultado.

La obra de Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, y las Conversaciones en Madrid, de Pániker, se publicaron en Barcelona el mismo año. La obra del periodista era una recopilación de entrevistas cortas que habían ido apareciendo en la prensa. La obra de Salvador Pániker recogía veinticuatro entrevistas de una

duración considerable, no publicadas anteriormente y realizadas con la finalidad de publicar un libro con ellas. El hecho de aparecer el mismo año motiva que algunos de los personajes entrevistados por los dos autores coincidan (Camilo José Cela: Conversaciones en Madrid, pág. 41; Hablar con ton y son, pág. 77. Emilio Romero: Conversaciones en Madrid, pág. 105; Hablar con ton y son, pág. 21. Antonio Buero Vallejo: Conversaciones en Madrid, pág. 175; Hablar con ton y son, pág. 117. Juan Rof Carballo: Conversaciones en Madrid, pág. 245; Hablar con ton y son, pág. 299. Enrique Tierno Galván: Conversaciones en Madrid, pág. 277; Hablar con ton y son, pág. 241. Joaquín Ruiz-Giménez: Conversaciones en Madrid, pág. 331; Hablar con ton y son, pág. 257. José Ma de Areilza, Conde de Motrico: Conversaciones en Madrid, pág. 297; Hablar con ton y son, pág. 73).

A pesar de haberse publicado con dos años de diferencia, también hay personajes comunes a la obra de Baltasar Porcel, Catalanes de hoy y a la de Manuel Del Arco, Hablar con ton y son (Antonio Tapiés: Hablar con ton y son, pág. 41; Catalanes de hoy, pág. 61. Salvador Espriu: Hablar con ton y son, pág. 105; Catalanes de hoy, pág. 193. José Ferrater Mora: Hablar con ton y son, pág. 409; Catalanes de hoy, pág. 35. Ramón Pelegrero Sanchís, "Raimón": Hablar con ton y son, pág. 59; Catalanes de hoy, pág. 87).

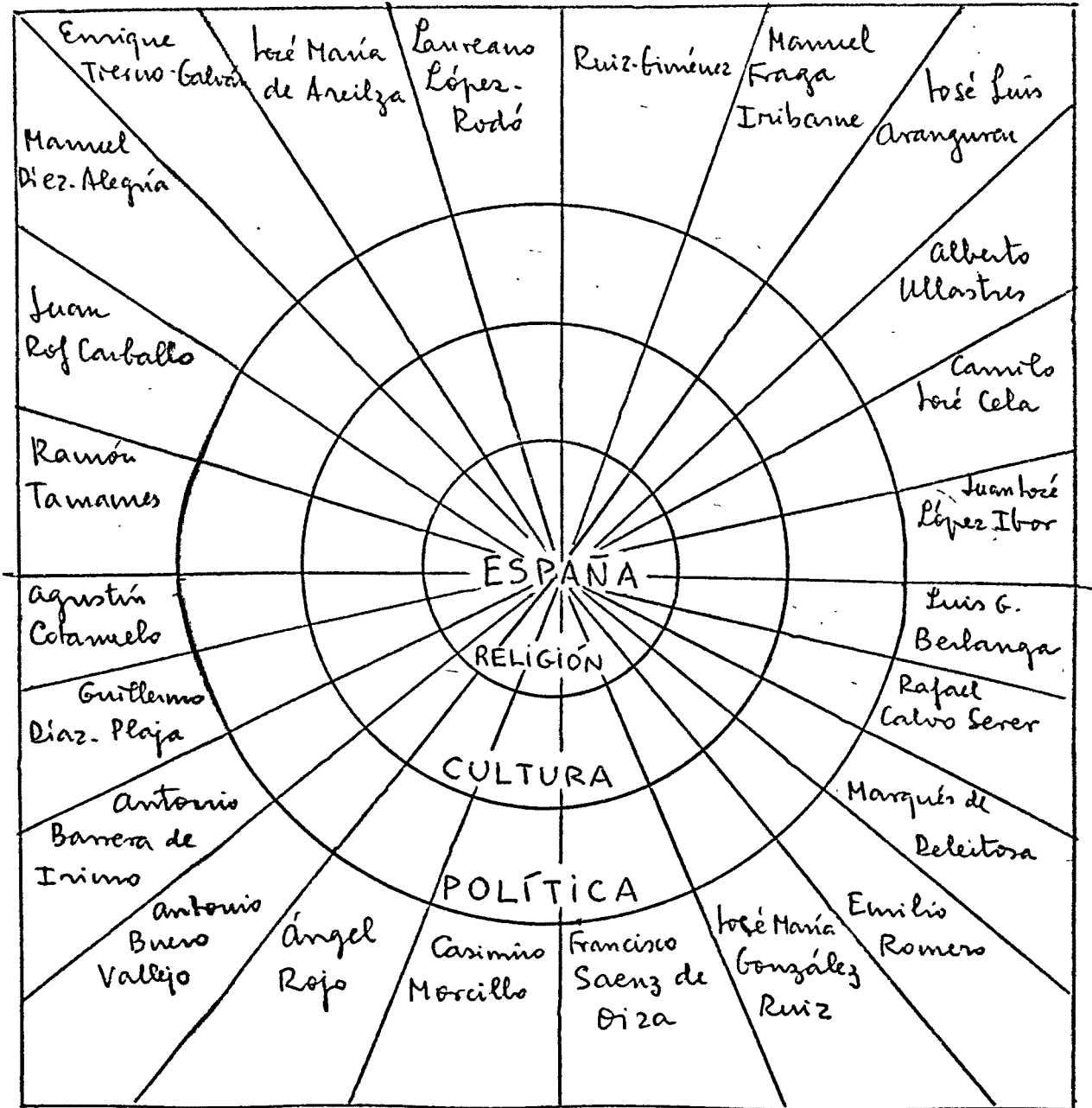
El hecho de que coincidan algunos de los entrevistados quiere decir que los autores seleccionan para sus libros aquellas personalidades de la vida del país que creen más relevantes o representativas.

presentativas.

¿Cuál es el propósito de un novelista, o de un periodista, al escribir una recopilación de entrevistas? ¿Se agrupan los entrevistados para obtener de ellos unas opiniones sobre una situación o un aspecto de la vida del país, o se agrupan por sus mismas características? Todas estas preguntas son las que hay que estudiar en este capítulo 4. Salvador Pániker prologa así su obra: "Perteneiente a la serie iniciada con Conversaciones en Cataluña, yo calificaría este trabajo de crónica intelectual a través de seres humanos; experimento de intención mayéutica, mezcla de ensayo, periodismo y théâtre vérité... En resumen; éste no es un trabajo sociológico, pero, inevitablemente, deja constancia de un sistema de actitudes y de ideas de la España contemporánea...".

Para la obra de Salvador Pániker Conversaciones en Madrid, sería válido este esquema:

Fig. 58



Salvador Pániker intenta plantear el estado del país a partir de las opiniones de personas de ideologías diferentes sobre temas de interés nacional. Esto le lleva a formular la misma pregunta a varios de sus entrevistados. Por ejemplo: el tema de la muerte y del más allá.

A.- ¿Y la pervivencia post-mortem?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 21.)

A.- Personalmente, ¿cómo ve el tema de la supervivencia después de la muerte?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 61.)

A.- ¿Qué significa para ti la resurrección?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 125.)

A.- ¿Cómo ve el tema de la supervivencia post-mortem?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 261.)

Otro tema religioso que aparece con frecuencia es el de la publicación de la encíclica *Humanae Vitae*, y sus consecuencias:

A.- De la Encíclica *Humanae Vitae*, ¿qué opina?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 18.)

A.- Cuando apareció la *Humanae Vitae*, ¿qué pensó?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 66.)

A.- ¿La *Humanae Vitae* ha provocado muchos conflictos en Madrid?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 157.)

El problema de la juventud y de los universitarios es una preocupación constante de este autor:

A.- ¿Usted cree que son irreligiosos o ateos los jóvenes universitarios?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 151.)

A.- He venido a escuchar tu versión del problema universitario.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 218.)

A.- El problema de la Universidad es sintomático.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 324.)

Finalmente, el tema que aparece con mayor frecuencia en todas las entrevistas es el del futuro de España, el problema de la sucesión a la Jefatura del Estado:

A.- Entonces, ¿cuál es tu previsión?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 87.)

A.- Ahora, para terminar, ¿qué opina de la solución monárquica para el futuro de España?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 116.)

A.- En resumen, ¿cuál es tu pronóstico para el futuro de España?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 243.)

A.- Finalmente, ¿cuál es su visión general de la España actual en relación con la España futura?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 276.)

A.- Hablando de España, ¿usted qué prevé?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 285.)

A.- ¿Cuál es tu opinión personal sobre el período subsiguiente a la sucesión?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 330.)

A.- Desde luego, desde luego. Volviendo a España, ¿cómo ve, en síntesis, su futuro?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 341.)

A.- ¿Usted qué prevé para el futuro de España?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 366.)

La obra de Del Arco la constituyen, como indica el mismo subtítulo, 111 entrevistas de una duración muy inferior a las entrevistas de Pániker. Las entrevistas de Del Arco han sido publicadas, y las otras no. Del Arco no intenta plantear una situación nacional y rastrearla a través de las declaraciones de sus entrevistados, sino que él reúne a las personas que cree más interesantes para los lectores y pregunta a cada una de ellas por su actividad relevante, por aquello por lo que es conocida. El mismo prologa su obra con una falsa entrevista que se le hace:

- ...el juego es limpio.
- No lo pongo en duda. Mas, en este volumen, en el que quieres decir que no hablas "sin ton ni son", se adivina cierta intención.
- Y también mucha mala idea, ¿no?
- ¿A qué llamas mala idea? Porque las ideas no son ni más ni menos que pensamientos dichos en voz alta. Y el pensamiento no delinque. Prueba de ello que todas estas entrevistas han sido publicadas y no ha pasado nada.

En el caso de Salvador Pániker y de Baltasar Porcel no se trata tanto de que el autor descubra una serie de personajes, los entrevistados, como de que, a través de sus opiniones, los lectores tengan una idea de la situación nacional. En cambio, Del Arco presenta a los lectores personajes que ellos pueden no conocer, personajes momentáneamente relevantes en la sociedad. Los personajes entrevistados por Pániker son personalidades del país, no de ahora sino de hace tiempo. Igual pasa con los que entrevista Baltasar Porcel. En cambio, Del Arco elige personajes que destacan o interesan por una situación determinada. Por ejemplo:

José María Fontana ha ganado el Premio Nacional de Literatura "Francisco Franco" con su libro Abel en tierra de Caín (el separatismo y el problema agrario, hoy.)

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 193.)

Con motivo de la Cuaresma, el padre Juan Alonso Vega está pronunciando unas conferencias sobre los temas "Familia", "El diálogo como signo de nuestra hora" y "Humanismo".

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 197.)

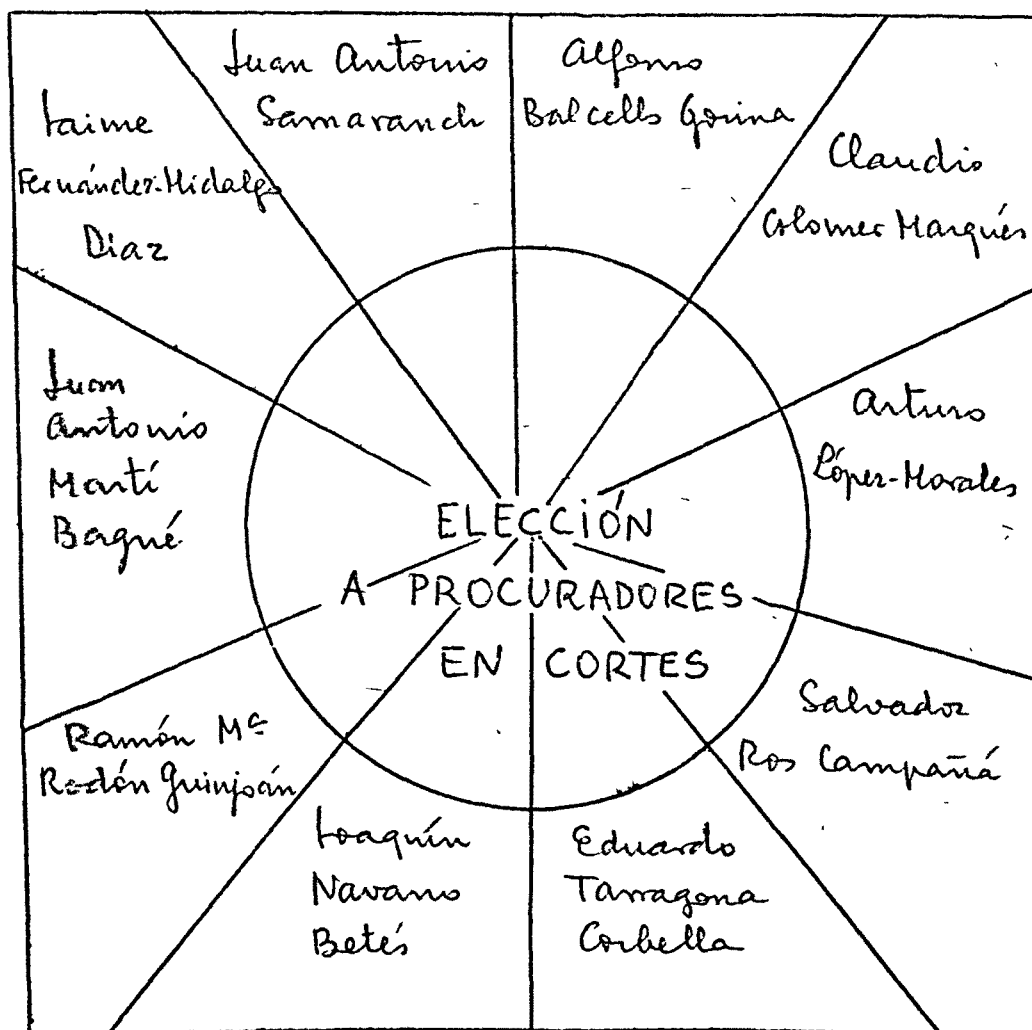
El Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, doctor Juan Maluquer de Motes, ha elaborado una propuesta de estructuración de estudios de la Facultad con objeto de conseguir más agilidad de funcionamiento.

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 221.)

El día que llegó Tshombe, ex presidente de Katanga, no accedió al diálogo personal conmigo. Ahora, sin duda porque el sol de España ha tranquilizado su espíritu, aceptó este encuentro. Aquí está con siete de sus hijos.

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 289.)

Fig. 59



A veces, para la elección de los personajes, Del Arco no parte de las circunstancias personales, sino de una circunstancia común a más de uno de ellos. Esto es lo que ocurre con todo un grupo de entrevistas a personas que se presentan como candidatos a Procuradores en Cortes. Se produce un fenómeno parecido al que había analizado en Pániker, y para ambos sirve el esquema de la figura 59. En estos casos, el periodista hace una breve presentación del candidato. Anoto algún ejemplo:

Alfonso Balcells Gorina, catedrático de Patología, rector de la Universidad de Salamanca, barcelonés, de 52 años de edad, soltero, del Opus Dei, se presenta a candidato a Procurador en Cortes por la representación familiar.

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 121.)

Salvador Ros Campañá, ingeniero químico industrial, natural de Mollet del Vallés, vecino de Barcelona desde 1921, de 54 años de edad, casado, tuvo tres hijos, se presenta por 1423 firmas. Hizo la guerra como alférez provisional. Tradicionalista.

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 133.)

Las dos obras, tanto la más periodística, la de Del Arco, como la menos periodística, la de Salvador Pániker, coinciden no sólo en elegir idénticos personajes, sino en formularles idénticas preguntas. Pasa esto con Camilo José Cela:

- A.- Para ti, ¿escritor qué es: decir cosas, o escribir bien sin decir nada?
- B.- Decir cosas y, además, decir las bien, esto es: con claridad, concisión y eficacia. La cosa creo que es clara como la luz del sol.

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 78.)

- A.- También se te acusa de escribir cada día mejor y de decir cada día menos cosas.
 B.- Sus razones tendrá quien diga eso.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 50.)

Es natural que los dos autores deseen preguntar aproximadamente lo mismo porque suele ser aquel aspecto del personaje el que ha de interesar más a los lectores. También coinciden en la entrevista a Emilio Romero:

- B.- Mire usted, yo no soy fácil de definir, porque, ante todo, soy un escritor, y como escritor soy un hombre liberal, ya que a todo el que escribe y piensa, lo que más le mortifica es la limitación de pensamiento.
 A.- Se considera antes escritor que político.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 112.)

- A.- ¿Eres político con ambición o te conformas con ser periodista?
 B.- Los políticos me ven como periodista y los periodistas señalan que soy, además, un político. En realidad, es muy difícil sustraer vida política a un escritor político como yo.

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 24.)

En estos ejemplos casi es más interesante ver si la respuesta es la misma en los dos casos, puesto que la pregunta es igual. Por esto he anotado la respuesta además de la pregunta.

El tema del futuro de España es, naturalmente, el que los dos autores formulan a sus entrevistados. En este ejemplo he subrayado un elemento que el entrevistado emplea en sus dos respuestas, de forma que la coincidencia es asombrosa. Se trata de las entrevistas con Enrique Tierno Galván:

- A.- Hablando de España, ¿usted qué prevé?
 B.- No preveo la catástrofe, si es esto lo que pregunta. Se da en España una circunstancia muy curiosa: las condiciones objetivas del país no parecen predecir una catástrofe; por otra parte, la vocación revolucionaria del país es mayor que nunca.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 285.)

- A.- ¿Cómo ve el puente de hoy al mañana, que usted piensa?
 B.- En política más que en cualquier otra cosa hay que atender a los hechos. Es fácil imaginar soluciones quiméricas, pero es muy difícil resignarse a aceptar los hechos como son y a admitir que no se puede transformar imaginativamente la realidad. No creo en una solución catastrófica, porque la opinión general del país no la desea.

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 242.)

En el caso de que el interrogado no tenga una actividad política demasiado relevante, los entrevistadores optan por hacerle hablar de su actividad, y de los temas más relacionados con él. Tanto Del Arco como Pániker preguntan a Rof Carballo el límite de la capacidad de explicación de la ciencia:

- A.- ¿Para usted la palabra absoluto tiene algún sentido?
 B.- Se ha dicho que lo absoluto, aquello que los primitivos llaman mana, es lo inalcanzable, lo que queda fuera de cuanto hemos hablado.
 A.- ¿Y usted qué cree?
 B.- Para mí la palabra absoluto tiene un sentido religioso personal y providencial.
 A.- ¿O sea Dios?
 B.- Claro. ¿No está de acuerdo?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 260.)

- A.- ¿Y si un conocimiento total de la ciencia no lo explica todo?
 B.- Ha tocado usted el punto neurálgico. Lo cierto es que la ciencia no proporciona nunca más que sistemas de esclarecimiento parcial; siempre quedará un inmenso remanente sin conocer y lleno de sentido.
 A.- Pero cada vez conocemos más.

B.- Eso creemos.

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 300.)

A pesar de tener todos estos puntos en común, la obra de Del Arco es completamente distinta a la de Salvador Pániker. Siempre establezco las comparaciones entre estas dos obras, porque de la de Baltasar Porcel sólo he estudiado tres o cuatro entrevistas y no he sacado conclusiones generales. El diálogo es allí mucho más escaso y espaciado y no me interesaba tanto. Manuel Del Arco recoge 111 entrevistas que han sido publicadas en un periódico. No tienen ni la duración ni la profundidad de las conversaciones de Pániker.

Lo que da cierta unidad a esta obra Hablar con ton y son es la forma de entrevistar, que es la misma a lo largo de todo el libro. Por ejemplo, Del Arco tiende a presentar una posición siempre contraria a la del entrevistado. Así le obliga a defenderse, y esta defensa por vía lingüística es sumamente informativa para los lectores, que es lo que quiere conseguir el autor. Pongo algunos ejemplos:

A.- ¿Te das cuenta, consejero nacional y procurador en Cortes, que, por serlo, eres monárquico?

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 22.)

A.- ¿Por qué usted, hombre pacífico, aceptó nada menos que el Ministerio de la Guerra?

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 32.)

A.- Si eres tan idealista, ¿por qué no abres la taquilla para que te oigan?

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 60.)

A.- ¿Sientes la vanidad de ser tú importante, o quieres ser tú importante, por vanidad?

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 64.)

A.- Dicen que te va a costar unos diez millones de pesetas ser procurador. ¿Merece la pena?

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 137.)

Evidentemente, también Salvador Pániker emplea preguntas de este tipo, intencionadas, directas. Posiblemente, la distancia entre él y sus entrevistados es mayor que la distancia que hay entre Del Arco y los suyos, y esto hace que el trato entre los dos interlocutores sea distinto. El resultado de uno y otro autor es el mismo. O el entrevistado rompe a hablar para defenderse de lo que se le dice, o se niega a contestar a la pregunta. Esto ocurre en estos casos:

- A.- ¿Por qué en España no se permite un estatuto de asociaciones más espontáneo que el actual?
 B.- Esto ya es, concretamente, un problema de política institucional, que es un campo en el que prefiero no opinar.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 33.)

- A.- ¿Quiénes intervinieron?
 B.- No viene al caso esto.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 86.)

- A.- ¿Su postura en la vida?
 B.- Lo que quede de mi vida siento el deseo de ofrecer lo mejor de mi talento de pianista, pero el resto es un asunto personal mío.

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 171.)

- A.- ¿Las americanas, inglesas o checas pasan por los mismos trámites?

B.- No me metas en líos.

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 262.)

Del Arco llega a hacer preguntas tan violentas que son el mejor sistema imaginable para espolear al entrevistado. Pániker no participa de este sistema de entrevista:

A.- ¿No temes al ridículo de salir derrotado después del ruido que estás armando?

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 138.)

A.- Usted que no es un chalao, ¿por qué se arriesga a parecerlo?

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 370.)

A.- ¿Es triste para usted que nadie haya cargado con usted?

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 401.)

A.- ¿Reconoce, padre, que el mundo va perdiendo la fe?

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 398.)

Lo mismo que Del Arco tiene una forma típica de entrevistar, o una especial concepción de lo que ha de ser una entrevista periodística, Salvador Pániker intenta otro objetivo: a la visión que el lector tiene de cada uno de los personajes entrevistados añadir otra visión, que es la que proporciona el coloquio. Es por esto que él intenta clarificar las conversaciones al máximo. Muy a menudo corta al entrevistado, exigiéndole una aclaración, interesante para Pániker mismo, pero importantísima para los lectores. Anoto cuatro casos (de los muchos que hay) en que ocurre esto, y

por medios formales diferentes:

- B.- Porque ser marxista significa estar en la dialéctica, y estar en la dialéctica es ya...
 A.- Y la dialéctica, ¿qué es?
 B.- La dialéctica es un proceso que no admite ni la cristalización ni el fin...

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 288.)

- B.- Eso pertenece a la erótica de la política.
 A.- ¿Cómo?
 B.- Digo que en política no hay que pensar en actitudes inocentes o poéticas, sino en propósitos encaminados a alcanzar el poder para disfrutarlo y para gozarlo.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 116.)

- B.- Porque las realidades económicas históricas son totalidades complejas, articuladas, en las que hay múltiples esferas interrelacionadas y que poseen un sentido fundamentalmente equívoco.
 A.- ¿Equívoco?
 B.- Equívoco, porque se prestan a muy diferentes interpretaciones.

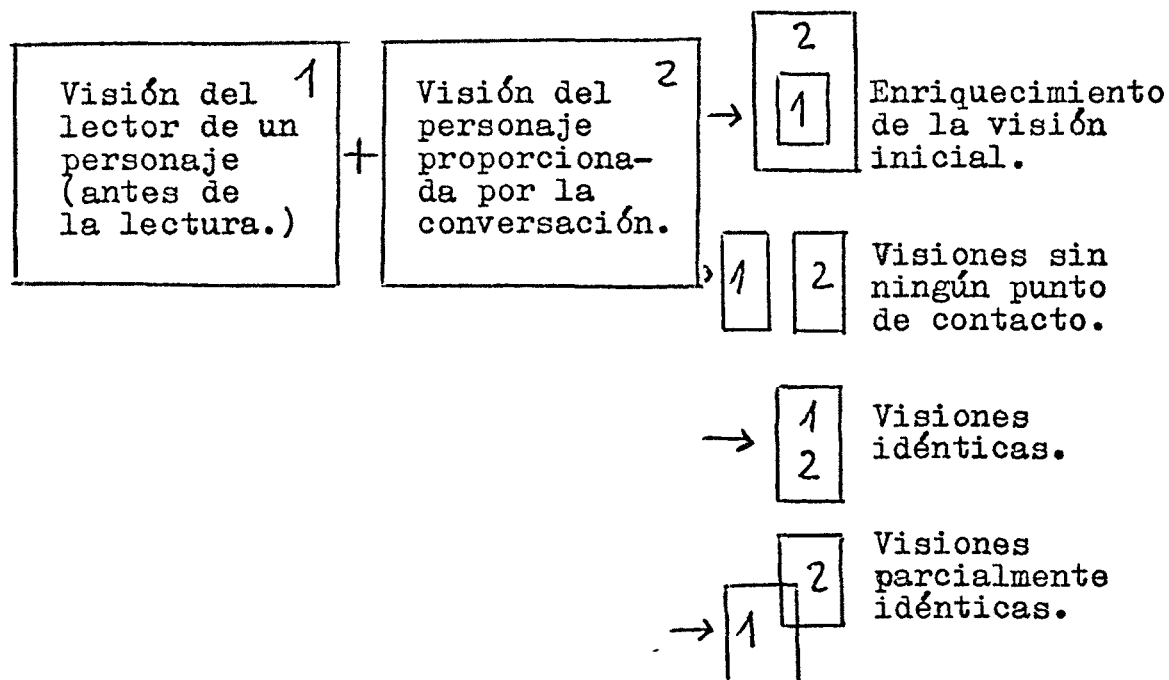
(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 172.)

- B.- La tecnología progresa rápidamente; pero, ¿tenemos en cuenta los frenos a la transmisión de la tecnología?
 A.- ¿Por ejemplo?
 B.- Por ejemplo, la propiedad en el campo... De manera que hay unos frenos institucionales, y de ahí que la transmisión de la tecnología pueda ser lentísima.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 240.)

Como decía antes, si Pániker obliga a los personajes a volver sobre sus palabras es para que los lectores saquen un juicio de su personalidad, de sus criterios y de su forma de actuar. Se puede producir cualquiera de las cuatro soluciones que se indican en el esquema siguiente:

Fig. 60



Si las entrevistas de Manuel Del Arco han sido publicadas, no puede haber grandes diferencias entre ellas y las que yo haya analizado en el capítulo 3, en la parte correspondiente. Y si no hay diferencia, las características de aquéllas han de poder ser aplicables a éstas.

Una posibilidad formal de la entrevista escrita es que el periodista que la realiza haga las preguntas basándose en una lista preparada de antemano, distinta para cada personaje y para cada ocasión. Las preguntas se sucederán una tras otra y no se alterarán con la influencia posible de las respuestas del entrevistado.

Anoto un ejemplo de entrevista de Del Arco en que ha seguido este sistema, pues todas las premisas del entrevistador son preguntas y todas las premisas del entrevistado son respuestas a estas preguntas. Las anoto en el mismo orden en que aparecen en el libro y sin omitir ninguna. No anoto las respuestas: no interesan porque no han modificado el plan que traía el entrevistador.

- A.- ¿Crees que con fotografías se puede explicar nuestra guerra?
 B.-
 A.- ¿Estos documentos gráficos no se inclinan más hacia un lado que hacia el otro?
 B.-
 A.- ¿No has abusado de frentes de batalla?
 B.-
 A.- ¿Qué experiencia tienes tú de esos años que cuentas?
 B.-
 A.- ¿Estás seguro de haber sido absolutamente objetivo?
 B.-
 A.- ¿Qué persigues con resucitar estos documentos gráficos?
 B.-
 A.- ¿Cómo crees que lo van a juzgar según los ojos que lo miren?
 B.-
 A.- ¿Y los que no lo han vivido por su edad?
 B.-
 A.- ¿Como si fuera un libro de texto?
 B.-
 A.- No les cabe en la cabeza.

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 327.)

Sin embargo, lo más corriente es que, tratándose de un diálogo, las palabras del interlocutor afecten al receptor de tal manera que le hagan cambiar la pregunta que traía preparada y la modifique de acuerdo con lo que acaba de oír. Como pasa en:

- A.- Usted es un valor público, ¿se resigna a recluirse?
 B.- No, ya ve usted que hablo y escribo para el público. Y haciéndolo, por fuerza debo estar sometido a las reglas que ordenan esa libre comunicación.
 A.- ¿Reglas o limitaciones?
 B.- Toda regla es una limitación. Pero debe aspirarse a que las reglas, sin dejar de serlo, garanticen cada vez mejor, la libertad y la responsabilidad.

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 56.)

Pániker, por algún motivo, llama a su libro *Conversaciones y no entrevistas*. De hecho, la proporción de preguntas que él formula a cada personaje, teniendo en cuenta la mayor longitud del

diálogo, es muy inferior a las que propone Del Arco a sus entrevistados. Pániker quiere dar cierta autonomía a la persona que interroga, de tal manera que a veces deja de ser él quien inicie la conversación. Esto provoca una alteración del plan que él tenía. Hay que hacer un rodeo para volver a lo que al autor le interesa que el entrevistado diga. Pongo algún ejemplo:

B.- La entrevista ¿cómo la vamos a llevar? ¿como el Catecismo del padre Ripalda? ¿Preguntas y respuestas?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 43.)

B.- Exactamente, ¿qué es lo que pretendes de mí?
A.- He venido a recoger tu testimonio.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 74.)

B.- Esto va a ser una improvisación, supongo.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 119.)

B.- Pero, hombre, ¿por qué quieres que la gente diga vaguedades improvisadas, cuando sería tanto más lógico responder por escrito a un cuestionario?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 206.)

B.- Le ruego tenga en cuenta que los militares somos reacios a esta clase de experimentos.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 264.)

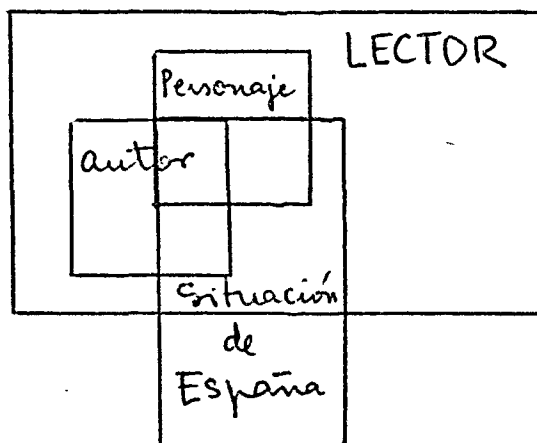
B.- No necesito decirte que conmigo puedes hablar de lo que quieras. No tengo temas tabú.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 311.)

Salvador Pániker quiere que los personajes hablen y que, entre las opiniones de él, las del personaje y las propias, cada

lector saque sus conclusiones, como indico en este esquema:

Fig. 61



Otro dato que afirma la diferencia que hay entre una entrevista normal de las que aparecen en la prensa y este tipo es el gran conocimiento que el entrevistador tiene de la vida y de cada uno de los detalles de los entrevistados. Así como, a veces, en las entrevistas de radio o de televisión el locutor se queda cortado y sólo espera que se termine el tiempo de la entrevista porque ya no tiene nada más que preguntar ni puede hablar con el entrevistado, aquí, en este tipo de obras, y especialmente en la de Salvador Pániker, el autor está capacitado en cualquier momento de la entrevista para aportar nuevos datos sobre la personalidad o la actividad del entrevistado. Cosa que se demuestra en:

A.- Usted ha escrito que en España todos jugamos a la gallina ciega. ¿Opina usted que vamos a seguir con este juego?

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 10.)

A.- Sin embargo, tuviste mucho empeño en ser de la Real Academia.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 50.)

A.- Si no me equivoco, usted formó parte de la Comisión que asesoró al Papa Pablo VI sobre el problema del control de nacimientos.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 66.)

A.- A finales de 1968 fue muy comentada su intervención en el asunto de los presos políticos.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 156.)

El hecho de que se cree un clima de amistad entre el entrevistador y el entrevistado tampoco es propio de otra clase de entrevistas, en que los dos interlocutores ni al final de su diálogo dejan de ser extraños. En las Conversaciones ocurre lo contrario, los finales suelen ser cordiales, amables, efusivos casi:

A.- Mi deseo es que usted y yo vivamos muchos años y que tengamos ocasión de repetir esta agradable charla.

B.- Y yo he tenido mucho gusto en saludarle. Tenga en cuenta que le he contado todas esas cosas como a un amigo.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 103.)

A.- Es muy sabia su posición. Puedo asegurarle que guardaré un recuerdo muy grato de este encuentro.

B.- Nos hemos entregado bastante a la conversación.

A.- Sí.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 261.)

A.- Le quedo sumamente agradecido por su prueba de confianza y por su exquisita cortesía.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 276.)

No sólo el interrogado puede iniciar a veces el coloquio, hablando de lo que a él se le ocurre que puede no tener nada que ver con lo que había pensado decir el entrevistador, sino que, a lo largo de la conversación, los papeles pueden llegar a alterarse y ser el entrevistado el que pregunte al entrevistador. De forma que la estructura de entrevista ^{se} sustituye por la estructura de conversación. Por ejemplo:

A.- La gente tiene miedo.

B.- ¿Miedo a qué?

A.- Miedo a la diferenciación. Yo pienso que si todos venciéramos el miedo, seríamos creativos.

(Salvador Pániker, Conversaciones en Madrid, pág. 256.)

A.- ¿Condena usted a quien no cree en Dios?

B.- Primero es saber qué es no creer en Dios.

A.- No creer en el más allá.

B.- No creer en el más allá puede querer decir no saber que existe o no vivir el más allá.

(Manuel Del Arco, Hablar con ton y son, pág. 405.)

Parece una cosa bastante acertada el que se defina la entrevista como aquel diálogo entre dos interlocutores en el que uno tiene la función de preguntar al otro acerca de algo. Las hemos encontrado en radio, en televisión y en prensa.

Los diálogos de Del Arco con los personajes entrevistados responden a estas características. Son, por lo tanto, entrevistas, sólo que ordenadas, recogidas y publicadas conjuntamente por el autor.

En cambio, no se puede decir lo mismo de los diálogos de Salvador Pániker con sus personajes de las Conversaciones en Madrid. ¿Son realmente entrevistas? El hecho de que el mismo autor

llame a estos diálogos conversaciones ya es sintomático. Pániker no se dedica exclusivamente a preguntar al entrevistado, sino que expone él mismo sus ideas, y, a veces, es interrogado por el propio entrevistado.

En esta tesis he hablado de conversaciones cuando había un diálogo entre varios locutores o presentadores (radio y televisión); también en el capítulo 3, dedicado a los diálogos reales, he considerado que podía llamarse así al diálogo que sostenían dos personas habituales de un mismo medio (una tienda). Los que intervienen en una conversación son interlocutores del tipo B y C; los que intervienen en las entrevistas son interlocutores del tipo A y B.

Por esto, los diálogos de la obra de Pániker no pueden ser conversaciones, porque los que intervienen no son B y C, sino A y B, aunque se llegue a establecer entre ellos un clima de verdadera camaradería. Posiblemente, a estos diálogos de Pániker se les podría llamar conversaciones-entrevistas.

¿Qué se designa con el término libro-encuesta? Al principio de este capítulo he copiado un anuncio de un diario en el que se empleaba esta palabra. Se trata de libros en los que se recogen una serie de entrevistas que responden a un cuestionario y, por lo tanto, a un tema único y común a todos los personajes.

El libro de Pániker no se puede calificar de libro-encuesta porque el autor no somete a todos los entrevistados a las mismas preguntas, ni hay otro tema aglutinante como no sea el de una patria común, España. Y, de hecho, el libro es esto, la suma de visiones de España de cada uno de los que intervienen, incluyen-

do la del autor.

Resumiendo, se puede hablar de entrevistas (las que se transmiten oralmente a través de la radio y de la televisión, o las que se escriben en los diarios), de entrevistas recogidas en libros (es el caso de Hablar con ton y son de Manuel Del Arco), de entrevistas-conversaciones recogidas en libros (Salvador Pá-niker, Conversaciones en Madrid) y de entrevistas-encuesta recogidas en libros (yo no he empleado ninguna obra que esté en este apartado, pero puedo indicar la que anuncia el diario: Falange hoy).

